

Lucha de clases e ideología: aproximación temática a las fábulas no contenidas en las colecciones anónimas

JUAN CASCAJERO
Universidad Complutense. Madrid

RESUMEN.—La reflexión sobre los restos escritos de las formas de expresión oral, como instrumentos de estudio para el conocimiento de las condiciones de existencia de las sociedades antiguas a través de sus ideologías, evidencia tanto unos contenidos propios y diferenciados con respecto a las ideologías transmitidas por las fuentes escritas tradicionales, como el limitado grado de fiabilidad de éstas últimas. De la fábula antigua, en concreto, no dejan de emanar unas actitudes vitales ante los grandes problemas de la existencia humana que ponen seriamente en tela de juicio las opiniones más extendidas sobre las ideologías de las sociedades antiguas. De ahí se desprende la necesidad de acometer el estudio de sus grandes temas con la oferta, en este caso, de un intento de clasificación temática de las fábulas no contenidas en las colecciones anónimas, capaz de completar la ya dada anteriormente sobre aquellas.

El seguidismo acrítico de los dictados de las fuentes escritas, aún hoy no deja de conducir a la aberrante confusión, más o menos consciente, entre las actitudes, valores y mentalidades de un sector minoritario de la sociedad y su conjunto, mostrando, generalmente, un panorama ideológico monolíticamente asentado en los intereses de la clase propietaria. Se sigue acudiendo, aún hoy, si es que el problema llega a plantearse, bien a la inconsciencia o necedad, más o menos responsable, de unas mayorías explotadas ignorantes de sus reales condiciones de existencia o bien a la tantas veces sostenida sesgadamente «tesis de la ideología dominante», como si de un primer principio de racionalidad histórico-comprensiva se tratara, por el que, en cualquier época, la ideología de la clase dominante hubiera de ser también dominante en toda la sociedad. Se niega, así, sin

1. Este estudio constituye la continuación del trabajo sobre la fábula antigua aparecido en el último número de esta misma revista («Lucha de clases e ideología: introducción al estudio de la fábula esópica como fuente histórica», *Gerión*, IX, 1991) y a él se remite al lector para los problemas de orden metodológico y filológico.

más, lo que, en opinión del autor, constituye una constante histórica: la capacidad que toda sociedad, múltiple en cuanto a sus condiciones de existencia, tiene de producir, concomitantemente, una multiplicidad ideológica. La aberración se origina ya en su mismo punto de partida, al considerar a las fuentes existentes como fieles reflejos, aunque fragmentarios, de la sociedad que las produjo, lo que, evidentemente, no es cierto, porque sólo son reflejo de las actitudes y valores de los grupos que las crearon, en su mayor parte pertenecientes, además, a la clase propietaria².

Es legítimo pues, romper, de una vez, epistológicamente hablando, con esa actitud descaradamente discriminatoria del quehacer histórico, a partir de un trabajo paralelo sobre otro tipo de fuentes de perspectivas menos unilaterales, para, una vez logrado un panorama más amplio, volver, inmediatamente, al uso de las viejas fuentes que, sin duda, habrán de resultar enriquecidas e integradas, a partir de entonces, en un sistema diferente. Se trata de un ir y volver, proyectando, en un primer momento la subjetividad hacia nuevos temas para, después, reiniciar el diálogo de la facultad comprensiva con los viejos.

En resumen, la concreción de la alternativa epistemológica que se propone parte de la consideración de que las actitudes mentales y formas de conciencia, que las fuentes escritas transmiten mayoritariamente, no pertenecen a toda la sociedad sino solamente a los grupos que las produjeron, permaneciendo ocultas las sensibilidades, sin duda muy diferentes, del resto de las gentes. Los restos escritos son, por tanto, en su mayoría, sólo los restos de la producción intelectual de la clase propietaria, a cuya visión e intereses se acomodan. Parece claro que sólo los grupos pertenecientes o cercanos a la clase propietaria pudieron expresarse a través de la escritura, porque eran los únicos capaces de disfrutar de las condiciones necesarias para ello³: sus miembros podrían disfrutar del grado de alfabe-

2. A partir de las contradicciones más evidentes de la sociedad antigua (libertad-servidumbre, mayoría rústica explotada-minoría urbana parásita, mujeres subordinadas-hombres dominantes, mayorías trabajadoras-minorías ociosas, mayorías pobres-minorías ricas, mayorías analfabetas-minorías alfabetizadas y cultas), pueden vislumbrarse los perfiles básicos del retrato-robot del responsable de esas fuentes incontestables que, con tanta frecuencia, se toman como referencia válida para toda la sociedad. Se trata, generalmente, de un varón adulto, de condición libre y mentalidad urbana, lo suficientemente rico para vivir una vida ociosa en la ciudad o en el campo sin necesidad de ocuparse de actividad económica alguna, posee abundantes recursos, generalmente, tierras y diversas formas de control sobre trabajo ajeno, manifiesta aspiraciones a participar, de un modo u otro, en la dirección de la comunidad y se ofrece, en fin, como espíritu cultivado en medio de una sociedad mísera y analfabeta. Así caracterizado, aún asumiendo la torpeza que toda simplificación encierra, el grado de fiabilidad de este delicado personaje, como representante de las vivencias de toda la sociedad, debe ser cuestionado seriamente, como, del mismo modo, debe serlo toda reconstrucción histórica que, al basarse en las perspectivas unilaterales de grupos tan reducidos, ha de conducir, irremediamente, a una visión torcida y amañada de las condiciones de existencia del pasado.

3. El rotundo pesimismo sobre el grado de alfabetización de las sociedades antiguas que encierra esta postura se enfrenta con las conclusiones de gran número de estudiosos del tema, cuyos optimistas puntos de vista se centran en la investigación sobre unos pocos centros urbanos de unos pocos países y para determinadas épocas, dentro del extenso ámbito del Mediterráneo. Que-

tización suficiente y disponer, al mismo tiempo, de la libertad necesaria para expresarse, en tanto que el resultado de su actividad intelectual podría esperar la supervivencia gracias a su adecuación general a los intereses de quienes detentaron la superioridad económica, política y cultural en la posteridad, factor de primer orden, aunque no único, por supuesto, en la conservación de los restos escritos⁴.

No se debe, por ello mismo, incurrir gratuitamente en el establecimiento de paralelismos, ingenuos o intencionados, entre las dificultades de expresión de la mayor parte de la población de las sociedades antiguas y el significado de un pretendido silencio, sumiso ante los puntos de vista de sus dominadores, porque ese trágico mutismo que hoy parece envolver a esas mayorías no tiene por qué corresponderse con el éxito alcanzado por los propósitos de las minorías por imponer la suya como única voz. Más bien, y a la luz de los restos de su producción oral⁵, quienes hoy pare-

da fuera de los objetivos de este trabajo el adentarse en la polémica suscitada en torno a la extensión de la alfabetización en la Antigüedad. Puede consultarse, no obstante, a modo de síntesis bibliográfica, sobre el tema: Cavallo, G. *Libri, editori e pubblico nel mondo antico*, Roma-Bari, 1975; «La cultura scritta», en *Civiltà del mezzogiorno. L'impronta ellenica*, Milán, 1984, pp. 129-148; Cristofani, M., «Rapporto sulla diffusione della scrittura nell'Italia antica», *Scrittura e Civiltà*, II, 1978, pp. 5 y ss.; Charrue, J. M. «Lecture et écriture dans la civilisation hellénique», *Revue de Synthèse*, LXXXIII-LXXXIV, 1976, pp. 219-249; Dain, A., *L'écriture et la psychologie des peuples*, Paris, 1963; Davison, J. A., «Literature and Literacy in Ancient Greece», *Phoenix*, XVI, 1962, pp. 141-156 y 219-233; Goody, J. (ed.) *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge, 1968; Greene, W. Ch., «The Spoken and the Written Word», *Harv. Stud. Class. Philol.* LX, 1951, pp. 23-59; Harvey, f. d., «Literacy in Athenian Democracy», *R.E.G.*, XXIX, 1966, pp. 585-635; Havelock, E. A., *Preface to Plato*, Oxford, 1963; «Pre-Literacy and the Pre-Socratics», *Bull. Inst. Class. St.*, XIII, 1966, pp. 44-67; *Prologue to Greek literacy*, Un. Cincinnati, 1971; *Origins of Western Literacy*, Toronto, 1976; «The Pre-Literacy of the Greeks», *New Literaty History*, CIII, 1977, pp. 369-391; Longo, O., «Tecniche della comunicazione e ideologie sociali nella Grecia antica», *Q.U.C.C.*, XVII, 1978, pp. 63-92; *Techniche della comunicazione nella Grecia antica*, Nápoles, 1981; Morison, S., *Politics and Script, aspects of Authority and Freedom in the development of greco-Latin Script from the Sixth century A. D. to the Twentieth Century A.D.*, Oxford, 1972; Nieddu, G., «La metafora della memoria come scrittura e l'immagine dell'animo come deltos», *Quaderni di Storia*, X, 1, 1984, pp. 213-219; Musti, D., «Democrazia e scrittura», *Scr. e Civ.*, 1986, pp. 21-49; Nieddu, G., «Alfabetismo e diffusione sociale della scrittura nella Grecia arcaica e classica», *Scr. e Civ.*, VI, 1982, pp. 233-261; «Testo, scrittura, libro nella Grecia arcaica e classica», *Scr. e Civ.*, VIII, 1984, pp. 213-216; Petrucci, A., «Per la Storia dell'alfabetismo e della cultura scritta», *Quaderni Storici*, XXXVIII, 1978; «Scrivere per gli altri», *Scr. e Civ.*, XIII, 1989, pp. 475-487; Piccaluga, G., «Potmos impara scrivere. Alfabetizzazione come dimensione umana nel mondo antico», *Scr. e Civ.*, XII, 1988; pp. 5-46; Robb, K., *The Progress of Literacy in Ancient Greece*, Los Angeles, 1971; Vegetti, M., *Oralità, Scrittura, Spettacolo*, Turin, 1983.

4. De ahí la importancia de los estudios sobre los factores intervinientes en la conservación de la producción escrita, puesto que, digase una vez más, lo que hay no es reflejo exacto de lo que hubo, ni en cantidad ni, sobre todo, en calidad, por lo frecuente de las purgas, cambios, ajustes y alteraciones, debidas tanto a la acción directamente represiva como a las constantes presiones y esfuerzos moralizadores sufridos.

5. Aunque, por desgracia, aún persista el abandono del tratamiento específico de la oralidad como fundamento de la composición fabulística, cada vez adquiere mayor notoriedad el estudio generalizado de la llamada Teoría de la Composición Oral. Compartiendo este prometedor afán, tras las huellas de Parry y Lord, antropólogos, filósofos y folkloristas, fundamentalmente, no dejan de ampliar horizontes. Puede consultarse, sobre este tema, los más de 700 títulos contenidos en la excelente aportación bibliográfica del siempre prolífico J. Miles Foley, *The Theory of Oral Composition (History and Methodology)*, Boomington & Indianapolis, 1990, pp. 130-163).

cen callados y sumisos no sólo fueron conscientes de sus condiciones de existencia, sino que supieron asumir los riesgos de la discrepancia y desmascararon unas relaciones sociales injustas, si bien, por la propia naturaleza de sus formas de expresión, sus ecos no pudieron surcar los siglos con la misma nitidez y fuerza que los de sus dominadores. ¿Cómo se puede esperar que compitan por la supervivencia, en igualdad de condiciones, los chistes y chanzas, siempre rebeldes y siempre perseguidos por los usos morales ultrajados, que las doctas construcciones teóricas filosóficas o religiosas, por ejemplo, elementos sustentantes y, por ello mismo, siempre sostenidos, con máximo afán, por un poder celoso de su prestigio? Del mismo modo, en fin, que sería deseable que ningún historiador, admirado por la belleza y magnificencia de los restos de las grandes obras arquitectónicas de la Antigüedad, pasase por alto la humilde existencia de otras construcciones diferentes impulsadas por manos menesterosas, tampoco nadie debería apresurarse a dejar de lado, con más o menos desprecio, los restos de unas actitudes, que son, no se olvide nunca, las de la mayoría de las gentes, sólo porque lo vulnerable de su naturaleza les impidiera surcar los obstáculos del tiempo con el mismo éxito que las de sus arrogantes adversarios.

Parece preciso, pues, intentar, desde esta nueva perspectiva, la reconstrucción del panorama ideológico del mundo antiguo poniendo límites precisos de un lado, a la extensión, en su época, de las maravillosas construcciones mentales conservadas, mientras, de otro, se procura sacar a la luz las exiguas huellas concernientes a las mayorías, capaces, en nuestra opinión, de mostrar los atisbos de unos valores y actitudes suficientemente diferenciados. No se está sugiriendo una historia más de marginados, afortunadamente hoy en boga y capaz de llamar la atención sobre determinadas minorías en la variada y plural realidad social contemporánea, porque el término «marginados» debería aplicarse, en justicia, por las condiciones de vida padecidas, a la casi totalidad de las gentes de la Antigüedad. Lo que se propone impulsar, desde aquí, es el acercamiento al crudo entorno de la mayoría de la población a partir del difícil seguimiento de sus escasos rastros y no desde los más brillantes alegatos de sus dominadores. Es, pues, la llamada gente vulgar lo que, en este lugar, interesa. Son los habitantes del campo, de la ciudad y del mar en sus distintos oficios, a los que no se puede seguir negando el pan y la sal ante el seguidísimo ciego vendido a aquellas minorías todopoderosas interesadas en confundir, en provecho propio, los valores de unos pocos explotadores con los de toda la sociedad. Es un esfuerzo, en suma, por adentrarse en las pautas de comportamiento y actitudes de las gentes del común, aprendidas y transmitidas como respuestas a sus específicas circunstancias vitales e incertidumbres.

Pues bien, uno de los escasísimos, y por ello tan valiosos medios para intentar el acercamiento al mundo de aquellas gentes lo constituye el estudio de los restos de sus formas de expresión oral. No se postula, aquí,

una imposible Historia Oral, porque sus métodos, tan fructíferos para la Historia Local como para la Historia Contemporánea y la Antropología, por razones obvias, no son aplicables para La Antigüedad, sino el tratamiento, como fuente histórica, de los restos escritos de la oralidad cotidiana. En esta línea de trabajo se inscribía el reciente intento, ya citado, de comprensión del fenómeno fábula, acometiendo, entonces, las imprescindibles precisiones conceptuales y metodológicas (a ellas se remite). Se cerraba, entonces, la aportación con la inclusión de un apéndice que ofrecía, como base de trabajo, una siempre subjetiva y discutible⁶ clasificación temática de las fábulas esópicas contenidas en las colecciones anónimas, estuvieran, o no, recogidas, además, en otras fuentes. Con el ánimo de facilitar el siempre fructífero contraste entre ambos grupos de fábulas, parece obligado, ahora, completar aquella presentación con la oferta de un nuevo intento de clasificación capaz de atender al resto del *corpus* fabulístico. A este fin se ordenan, igualmente, seis series de gráficos, siempre, es verdad, peligrosamente simplicadores de realidades más complejas, pero, también, siempre pedagógicamente útiles⁷.

6. Se puede, desde luego, ir más lejos negando toda posibilidad de clasificación temática para todos los géneros de creación y transmisión oral, como insinuara, ya en la primera edición de 1928 de su *Morfología del cuento* y, con más claridad, poco después en sus *Raíces históricas del cuento* ese gran pionero de análisis estructural que fuera Vladimir Propp. Como en el caso del cuento, en el mundo de la fábula, los transvases, imbricaciones y cabalgamientos son tan constantes, sus contenidos tan ligados, tan difíciles de delimitar sus contornos, tan diferentes las variantes que ofrecen las distintas versiones sobre una misma unidad, que resulta sumamente comprometido todo intento por aislar y fijar cada uno de sus temas. Y, sin embargo, no es posible avanzar en el estudio de la fábula sin una clasificación previa, por muy rudimentaria que sea. Más aún, en pura lógica, para el análisis de los géneros orales, en relación con el fin que nos ocupa, el estudio sincrónico debe ser paralelo, si no previo, al diacrónico. El empeño está, debe admitirse, preñado de subjetividad no sólo por la ausencia de referencias objetivas sólidas en relación con las peculiaridades propias del género, sino porque, en general, tampoco resulta posible separar el estudio de las ciencias sociales del mundo de los valores. Se elude, pues, toda declaración de objetividad, tantas veces frívola, y que, en este caso, sería, además, falsa, porque el punto de vista que se ofrece emana, como todas las posibles ofertas, desde un espacio y un tiempo, desde unas actitudes y sensibilidades que no pueden ser sino subjetivas y particulares. Vale la pena aceptar con honradez que no existen, ni tampoco pueden existir, en sentido estricto, criterios científicos que, neutrales axiológicamente, puedan servir de referencia objetiva a la hora de disponer un ordenamiento sistemático de las vivencias e inquietudes de las gentes como si de organizar en clases, órdenes, familias, géneros y especies los tipos botánicos se tratara. Ni existe, en la clasificación que se ofrece, objetividad, por tanto, ni tampoco su corolario, la tantas veces ostentada con petulancia neutralidad ideológica, en este caso, además, no deseada, y que sólo supone, en la mayoría de los casos, una opción ideológica conservadora, aunque a escondidas, por los valores vigentes. No existe neutralidad, pues, ni puede existir «para quienes desean que la racionalidad histórica se convierta en arma para comprender e intentar transformar la realidad». (Placido, D., «El problema de Sócrates y las realidades intelectuales del presente», *Habis*, XXI, 1990, p. 236, en torno a *The Trial of socrates*, de I. F. Stone).

7. La primera serie presenta los temas fundamentales de los dos grandes grupos de fábulas (H. y no H.) para, después, proceder a su comparación. La segunda y tercera series procuran mostrar la especificación y desarrollo en subtemas de los dos grandes temas de la violencia y crítica de vicios, para, a continuación, ofertar su contraste. La cuarta se detiene en la precisión del ambiente en el que tiene lugar la acción de la fábula en ambos grupos, como reconocimiento de la importancia que el entorno había de tener en los creadores y propagadores del género. En ella se

No interesa, ni aún en el caso de que una fábula se haya conservado exclusivamente como fábula de autor, el examen de sus posibles puntos de vista, por ser ajeno, en este momento, todo intento de evaluar su grado de creatividad o sus aportaciones personales. Por otro lado y según se enunciaba en nuestra primera aportación (*art. cit.*) «Tampoco puede concederse la paternidad a cualquier autor por el hecho de que se desconozcan sus antecedentes, porque tales antecedentes bien pudieron perderse (consideración que siempre debe tenerse presente, incluso en el estudio de textos de transmisión escrita) o bien, ser objeto de dominio oral y por tanto no estar recogidos por escrito. Por otra parte, y en sentido inverso, el hecho de que una obra sea creación de autor no implica que, a partir del momento que su obra sea aceptada por un colectivo amplio, asumida y transmitida oralmente, no pueda y deba ser tratada como una recreación colectiva, porque en una tradición predominantemente oral, como debe ser considerada la de amplísimos sectores de la Antigüedad, lo que no es objeto de una aceptación generalizada no se transmite. Su transmisión oral supone, en consecuencia, un nivel mínimo de aceptación y aprobación de su contenido axiológico, de adaptación a las mentalidades de las gentes que lo escuchan y promueven, dirigiendo, orientando, variando y matizando, si fuera preciso, su sentido y actuando, así, como una especie de censores de la tradición cultural colectiva». Ausentes, además, bases elementales para definir y fijar con precisión el fenómeno fábula, puede ocurrir, también, que algunas narraciones incluidas como tales no fueran, en su época, objeto de transmisión oral generalizada, perteneciendo, más bien, al rico acervo expresivo del autor que las conserva. Pero, puesto que la existencia de excepciones no puede condicionar el tratamiento metodológico del conjunto, se ha preferido pecar por exceso, ya que no es posible precisar, debe insistirse en ello, ni quizás lo sea nunca, la capacidad de difusión oral de cada relato, aunque podría no ser excesivamente aventurado conceder un mayor grado de popularidad a aquellas fábulas contenidas en las diversas colecciones, anónimas o de autor, en tanto que se podría otorgar un menor éxito entre las gentes del común a aquellas otras, cuya fortuna en el paso de los siglos está registrada ampliamente en los restos escritos de las minorías cultas. Jamás se podrá, sin embargo, ofrecer prueba alguna a este respecto. Por este motivo y puesto que la similitud de sus contenidos básicos no exige forzar sus títulos, se han respetado los mismos que ya acotaban los distintos campos temáticos de las fábulas

demuestra el absoluto predominio del mundo rural frente a otros ámbitos en ambos grupos de narraciones. La quinta serie ofrece los diversos oficios y ocupaciones reseñados en los dos grupos y su posterior comparación, evidenciando, claramente, la superioridad de los trabajos rústicos sobre los demás, dejándose notar, significativamente, la presencia de los trabajadores del mar, tan desatendidos por otros tipos de fuentes, en tanto que la sexta y última serie intenta pormenorizar la variedad de ocupaciones de los trabajadores del campo. Los gráficos ofrecidos, a pesar de la simplificación inherente a este sistema de comunicación, muestran, por fin, con toda nitidez, la voz de ese campo y sus habitantes tan injustamente silenciados, habitualmente, por los estudiosos de la Historia.

contenidas en las colecciones anónimas. Más arriesgada pero firme, por lo meditada, es la decisión de seguimiento, con la mayor fidelidad posible, de los criterios enunciados, para todos los problemas de orden filológico, por Rodríguez Adrados, en su ya citada obra *Historia de la fábula greco-latina III*⁸. Las razones de esta cesión son múltiples, siendo la fundamental la situación de permanente irresolución de todo un conjunto de problemas básicos de carácter instrumental para los géneros de difusión oral, que sigue impidiendo el entendimiento mutuo y ofreciendo un panorama confuso y un futuro incierto: no existe un mínimo acuerdo capaz de fijar el concepto de fábula, lo que conduce a individualizaciones diversas y son tan diferentes las titulaciones como las ediciones de las mismas, lo que no deja de obstaculizar su identificación. No existe, en suma, un mínimo de entendimiento ni sobre el material a emplear ni sobre la forma de referirse a él, no dejando de contribuir a la confusión reinante la insistente terquedad de los estudiosos, obcecados en mantener sus, por otra parte, legítimos derechos a trabajar siguiendo sus propios puntos de vista. No se ofrecía tan crudo el problema a la hora de intentar clasificar las fábulas contenidas en las colecciones anónimas al adoptar la salomónica decisión de atender a todas las ediciones que se consideraban canónicas (Perry, Hausrath, Chambry, R. A.). Pero, por razones elementales (dispersión de materiales en autores diversos y, por tanto, existencia de multiplicidad de criterios de edición, carácter fabular más difuso, etc.), la solución a estos problemas, en el caso de la sistematización de las fábulas no contenidas en las colecciones anónimas, no podía ser la misma. Así pues, ante la ausencia de perspectivas favorables para un futuro entendimiento, según demostraran los derroteros seguidos por el aún reciente coloquio sobre la fábula patrocinado por la Fundación Hardt (Ginebra, 1984), ante la posibilidad de rendir nuevo tributo a la confusión sosteniendo puntos de vista propios, al fin y al cabo de carácter instrumental, con gusto se proponen opciones personales para buscar el ceñimiento, con la mayor precisión posible, a los criterios enunciados por R. A. en la convicción de que, tanto por sus valores científicos como pedagógicos, su obra, reúne los requisitos imprescindibles para ser considerada canónica⁹.

8. Citado en las referencias de este trabajo como R. A. con indicación de la página.

9. Se designan como «H» las fábulas contenidas en las colecciones anónimas, según la edición de Hausrath (*Corpus Fabularum Aesopiarum*, Leipzig, Teubner, 1940-56) y «no H» a todas aquellas que no están en esa edición. El material no H objeto de este trabajo, se organiza y numera siguiendo el orden alfabético de los originales en griego y latín, que se ofrece según la traducción al castellano dada por R. A., citándose los títulos de cada unidad, igualmente, a sus criterios, como lo hacen las referencias a las diversas ediciones, naturalmente las mismas. Así pues, se sigue, para Antonio, pseudo-Dositeo y «Sytipas» a Hausrath. Para Paráfrasis (*Par.*) y Dodecasílabos (*Dod.*) a Chambry; para Fedro y Babrio a Perry; para Aviano a Gaide; para las fábulas dactílicas (*fab. dact.*) e Ignacio Diácono (*Tetr.*) a Crusius; para Rómulo a Thiele; para las colecciones siríacas a Lefèvre. Ello, naturalmente, no implica que se deje de utilizar todo el material necesario para lograr una visión lo más completa posible, sino solamente que en las referencias, siempre que sea posible, se siguen sus pasos, con el ya aludido ánimo de no enturbiar más las ya sacudidas aguas.

Hechas estas observaciones y siendo ya preciso adentrarse en los contenidos fundamentales del material no H., parece evidente, en primer lugar, que la conciencia de aquellos hombres que se expresaron a través de la fábula muestra una extraordinaria sensibilidad ante el predominio de la violencia en un mundo hostil, permanentemente sacudido por múltiples enfrentamientos provocados por la eclosión de intereses encontrados. Esa sensación de violencia, fundamentalmente padecida por los humildes, no abandona jamás al estudioso de la fábula antigua. No hay cabida para la existencia de sociedades justas, providencialmente tuteladas por la divinidad ni optimismos interesadamente confiados en su capacidad para solucionar sus propias contradicciones. Tan prioritario es el gran tema de la *violencia*, que este término ha debido adoptarse en su sentido más restringido, dominando, aún así, en 126 fábulas, sobre las 311 no H. en que se basa este estudio (sobre el 40,5%). Es preciso, en consecuencia, matizar este gran tema, atendiendo no sólo a las premisas o fundamentos en que se asienta la narración, sino también a su desarrollo o acontecimientos que sobrevienen a partir de la situación conflictiva planteada. En 33 ocasiones, contando ya, como referencia interpretativa coadyuvante, con el desarrollo narrativo o moraleja, el elemento dominante continúa siendo el *odio y enfrentamiento entre grupos humanos*, desatado como consecuencia del estallido de intereses opuestos, o la perpetuidad de la *explotación de los humildes*. Es una situación de explotación sin alternativas la que se ofrece al camello de «el árabe y el camello»¹⁰, o al asno de «el buey y el asno que araban»¹¹ que se ve oprimido incluso por su propio compañero de servidumbre o al ciervo de «el ciervo enfermo»¹² a quien, en cruel ironía, las reiteradas visitas de sus taimados amigos, al expoliar sus escasos recursos, terminan por arruinar definitivamente. Situación irreversiblemente conflictiva la que se desata entre las ranas y el sol, de «El sol y las ranas»¹³ donde, a pesar de las variantes introducidas por las distintas versiones, se manifiesta crudamente la irreductible oposición de intereses de sus protagonistas, que habría de conducir a una solución final para las ranas, si el sol, que por sí mismo era capaz de secar las charcas, al casarse, tuviera, además, descendencia. Odio y rencor sin límites el que estalla, haciendo intervenir estereotipos propios del género, en «el calvo y el hortelano»¹⁴ o «el calvo y la mosca»¹⁵ manifestando el enfrentamiento sin fin entre los grupos humanos capaz de alcanzar el paroxismo en la siniestra imagen de «el león rabioso»¹⁶, ante cuya visión se pregunta el acongojado cervatillo por su destino, cuando la misma cordura del león ya le resultaba insupportable. Violencia y rencor, en fin, del jabalí, de «el toro, la leona y el ja-

10. No H. 29; R. A. pp. 295-296 (cf. Babrio, 8).

11. No H. 60; R. A. p. 308 (cf. Babrio, 55; Rómulo, 41; Plauto, Aul. 227-234).

12. No H. 96; R. A. p. 326 (cf. Babrio, 46; Synt., 20; Syr., XXI, 23).

13. No H. 118; R. A. pp. 335-336 (cf. Babrio, 24; Fedro, I, 6; Par., 128, 1 y 2; Rómulo 10).

14. No H. 158; R. A. p. 354 (cf. Rómulo, 26).

15. No H. 159; R. A. p. 355 (cf. Fedro, V, 3; Rómulo, 42).

16. No H. 184; R. A. p. 366 (cf. Babrio, 90; Par., 213; Ignacio Diácono. *Tetr.*, I, 38; Dod., 183).

balí»¹⁷, cruelmente satisfecho en su rencor al contemplar complacido la aflicción de la madre del león que, estando dormido, había sido corneado y muerto por el toro.

En 30 fábulas, el conflicto se resuelve con la imposición, sin paliativos, del *triunfo de los poderosos* y la consiguiente *humillación de los débiles*. Muere, así, la comadreja, de «la comadreja capturada»¹⁸, a pesar de sus promesas y súplicas. Se impone la fuerza, por encima de toda consideración de justicia en la actitud del protagonista de «el hombre mordido por las hormigas y Hermes»¹⁹ cuando, mordido por una hormiga, destruye el hormiguero entero, en tanto él mismo se quejaba de la muerte de muchos hombres en un naufragio por la maldad de uno sólo. Humillada y vencida resulta la pobre perra de «el parto de la perra»²⁰ cuando, rechazados sus legítimos derechos, no encuentra otra justificación al atropello sufrido que la exhibición de la mayor fuerza de su antagonista. Con la oprobiosa muerte de los débiles y la imposición arbitraria de la fuerza se saldan, también, los conflictos de intereses en «el pajarero, la perdiz y el pollo»²¹ o en «el leñador y el halcón»²². De estremada dureza es la descripción de las afrentas padecidas por el viejo león, ahora ya débil y vencido por los años, de «el león viejo, el jabalí, el toro y el asno»²³ que se siente morir dos veces al ser ultrajado reiteradamente por las coces vengativas del asno. Incluso cuando los sueños de los débiles se materializan, por única vez, a través de la entrada excepcional de la utopía en el mundo de la fábula, en el idílico cuadro trazado por «el reinado del león»²⁴, se escucha la resentida voz de la siempre amedrentada liebre exclamando: «cuanto desee siempre que llegase este día en el que incluso los débiles habrían de resultar temibles a los violentos» (trad. Gredos).

En 5 ocasiones el miserable destino de los oprimidos sirve, además, por el desarrollo mismo de la moraleja, para *invitar a éstos a la resignación*, esgrimiéndose como único argumento, el empeoramiento subsiguiente a todo intento de mejora de su situación o de rebeldía ante la opresión. Brilla, pero retóricamente, por supuesto, la sabiduría de la sufrida zorra, de «La zorra y el erizo»²⁵, al negarse a ser desparasitada, sabedora de que, si tal cosa ocurriera, otras garrapatas más hambrientas y más tenaces en chupar su sangre la acometerían. Recto es, también, el proceder del burro, de «el asno al viejo pastor»²⁶, al permanecer inmutable ante los clamores de guerra. Recia y sensata suena la voz del viejo buey de «los bueyes y los

17. No H. 292; R. A., pp. 411-412 (cf. Synt., 11; Syr., 13).

18. No H. 62; R. A., p. 309 (cf. Babrio, 27; Fedro, I, 22; Rómulo, 49).

19. No H. 82; R. A., p. 319 (cf. Babrio, 117; Par., 48).

20. No H. 165; R. A., pp. 357-358 (cf. Fedro, I, 19; Justino, 43, 4, 3; Rómulo, 11).

21. No H. 237; R. A., pp. 388-389 (cf. Babrio, 124).

22. No H. 204; R. A., p. 375 (cf. Rómulo, 55).

23. No. H. 201; R. A., pp. 373-374 (cf. Fedro, I, 21; Rómulo, 20).

24. No H. 179; R. A., p. 363 (cf. Babrio, 102; Par., 196).

25. No H. 19; R. A., p. 291 (cf. Aristóteles, *Rh.*, II, 20 = 1393a).

26. No H. 50; R. A., p. 304 (cf. Fedro, I, 15).

carniceros»²⁷, cuando, para detener la rebelión de sus congéneres, les amonesta advirtiéndoles que, puesto que su único destino posible es padecer primero la explotación y luego el sacrificio, era preferible morir a manos expertas que ante otras inexpertas, capaces de añadir la tortura a la muerte. Existe, pues, en todos estos relatos, una invitación a la sumisión ante los explotadores más sanguinarios, llegándose, como ocurre en el último ejemplo citado, no sólo a comprender y aceptar el cruel destino sino incluso a alabar la pericia de las manos asesinas. No debe pasarse por alto nunca, sin embargo, que tal llamada se corresponde con el que, según se exponía en el primer trabajo sobre la fábula esópica (*cit.*), se denominaba segundo nivel interpretativo o mensaje incluido en la moraleja, porque lo que subyace, en forma más o menos escondida, son unas premisas que, desnudas de artificio, desenmascaran unas realidades sociales basadas en la brutalidad y la fuerza. Así, si bien es cierto que son castigadas, dentro de este mismo subtema, las palomas insatisfechas de «las palomas y el milano»²⁸, en un relato que, sin duda, no deja de evocar, en sus premisas y moraleja, a «las renas pidiendo rey»²⁹, no se deja, tampoco, de situar en primer plano la desdichada fortuna de unas aves siempre amedrentadas por las acometidas de la rapaz.

En 11 ocasiones se presenta *el triunfo de los débiles* logrando eludir las perversas acechanzas de los poderosos, pareciendo ofrecer *perspectivas de emulación en la moraleja*. Así, logran, por ejemplo, esquivar la maldad de sus adversarios el cabrito, de «el lobo y el cabrito»³⁰, o los perros, de «los perros y los cocodrilos»³¹, o la oveja, de «la oveja, el ciervo y el lobo»³², pareciendo indicar, con el tono de su discurso, el camino a seguir por los desprotegidos en los constantes conflictos suscitados por los poderosos.

Siempre sobre el mismo sustrato de violencia y *abuso de los fuertes*, en las moralejas de 31 fábulas, se ofrece el *castigo del injusto*, introduciendo, de este modo, un peculiar edulcorante en las perspectivas de los oprimidos³³. Se castiga a los delfios, en el episodio de «Esopo en Delfos»³⁴, por la persecución injusta y posterior asesinato del esclavo fabulista. Un dios hace justicia incendiando los campos del labrador envidioso de «el labrador y la zorra»³⁵. Da muerte el cazador, de «el leñador y el halcón»³⁶, en un

27. No H. 58; R. A., p. 307 (cf. Babrio, 21).

28. No H. 172; R. A., p. 361 (cf. Fedro, I, 31; Rómulo, 28).

29. H. 44; p. 44; Ch. 66; R. A. pp. 67-68 (cf. Fedro I, 2; *V Aes.*, 125; Rómulo, 27, por ejemplo).

30. No H. 121; R. A., pp. 337-338 (cf. Rómulo, 26).

31. No H. 160; R. A., p. 355 (cf. Fedro, I, 25; Rómulo, 28).

32. No H. 241; R. A., pp. 390-391 (cf. Fedro, I, 16; Rómulo, 40).

33. Significativamente, el subtema del castigo de los malvados adquiere un mayor desarrollo en las fábulas No H. que en las H. (31 frente a 8).

34. No H. 10; R. A., p. 287 (cf. *Vita Aes.*, 127-129 y desenlace en 142; Aristófanes, *V.*, 1446 ss.; Luciano, *As.*, 41).

35. No H. 66; R. A., p. 311 (cf. Babrio, 11; *Jueces*, XV, 4-5; Ovidio, *Fast.*, 4, 701; Luciano, *As.*, 31, 3; *Par.*, 58).

36. No H. 204; R. A., p. 375 (cf. Rómulo, 55).

episodio de claras resonancias hesiódicas (*Op.* 202-211), al halcón que antes devorara los polluelos del ruiseñor, incumpliendo su palabra de respetar su vida si antes el padre le ofrecía su melodioso canto. Muere vilmente el lobo, pérfido testigo en falso conflicto suscitado por el perro, de «la oveja, el perro y el lobo»³⁷. Mayor nitidez adquieren los tonos moralizadores en dos fábulas de tinte peculiar. En «el autor»³⁸, a través de un breve relato mítico, se ejemplifica con la referencia a los grandes pecadores castigados, para alcanzar, incluso, la anómala visión de una divinidad justiciera de quien ningún malvado puede escapar en «Zeus juez»³⁹. Más moralizadoras parecen resultar aquellas otras unidades en que, siempre sobre el fondo de odio y violencia que guardan sus premisas, el desarrollo narrativo no sólo castiga las acciones de los malvados sino, que además, en él, se premian oportunamente las acciones de los buenos, según ocurre en dos versiones de Fedro. En la primera, «El ternero, el león y el bandido»⁴⁰, sobre un telón de fondo que no deja lugar a equívocos (el león aparece erigido sobre el ternero que acaba de derribar), el poderoso, aquí convertido en singular justiciero-agente moralizador, niega una parte del botín al ladrón acechante, en tanto que divide su presa con el caminante temeroso, si bien el propio Fedro no parece confiar mucho en el sentido de su narración al advertir en su epimitio que *verum est aviditas dives et pauper pudor*. En la segunda, es la pantera, de «la pantera y los pastores»⁴¹, quien se encarga tanto de vengar los ultrajes recibidos como de recompensar las buenas conductas.

En 16 relatos, *los lamentos de los débiles por la injusticia y la opresión* constituyen el punto de referencia secundario de la fábula (el primero radica en el enunciado de la cruda situación que motiva la queja). En metáfora jocosa, evoca un mundo al revés, donde los malos se sitúan antes que los buenos, el camello, de «el camello en el río»⁴², al observar cómo sus propias heces, impulsadas por la rápida corriente, le sobrepasan en su marcha. Una y otra vez se quejan de sus miserias los perros, también incontinentes, aunque, en este caso, por el miedo, como agente liberador de sus vientres, de «los perros enviaron embajadores a Júpiter»⁴³. Se duele la oveja, de «la corneja y la oveja»⁴⁴, de recibir, a causa de su propia debilidad, distinto trato que los demás, como se conducen los lobos, de «los lobos y los pastores»⁴⁵, de que la misma acción —devorar corderos— resulte punible para ellos y no para los propios pastores, así como deplora el as-

37. No H. 240; R. A., p. 390 (cf. Fedro, I, 17; Rómulo, 5).

38. No H. 55; R. A., p. 306 (cf. Fedro, *App.*, 7).

39. No H. 116; R. A., pp. 334-335 (cf. Babrio, 127; *Par.* 127).

40. No H. 133; R. A., p. 344 (Cf. Fedro, II, 1).

41. No H. 256; R. A., p. 397 (cf. Fedro, III, 2; Rómulo, 75).

42. No H. 135; R. A., pp. 344-345 (cf. Babrio, 40; *Par.* 145, 1).

43. No H. 161; R. A., p. 356 (cf. Fedro, IV, 19).

44. No H. 174; R. A., p. 361 (cf. Fedro, *App.*, 26; Rómulo, 95).

45. No H. 194; R. A., p. 370 (cf. Plutarco, 156a).

no, siempre apaleado, en la fábula, por su terquedad reivindicativa, de «el asno y el hombre»⁴⁶, que unas mismas gracias provoquen risas o palos según la naturaleza de quien las ejecute.

Sin que dejen de sonar los ecos de conflictividad y violencia, omnipresentes siempre, existe un numeroso grupo de fábulas en que sus protagonistas evidencian poseer una clara conciencia de las diferentes condiciones de existencia así como unos deseos insatisfechos de cambio social, por más que moralejas, promitios y epimitios no dejen de insistir en la inmutabilidad del orden social, aconsejando adaptación al mismo y condenando los constantes deseos de cambio, tal y como, con rotundidad, expresara Fedro con uno de los cantos a la resignación más nítidos y más sobrecogedores de la Antigüedad, en «el autor»⁴⁷. Son 52 fábulas (el 16,72% de las f. no H). Fracasa la oveja, de «la oveja y el perro»⁴⁸, en su aspiración de recibir el mismo trato que el otro animal, pero es evidente que, insatisfecha con su condición, aspira a ello. Desatendidos quedan los ruegos del pavo, de «el pavo a Juno sobre su voz»⁴⁹, pero son evidentes sus intentos de mejora. Egoístamente niega la zorra al mono, de «el mono y la zorra»⁵⁰, una parte de su poblada cola para tapar su desnudo trasero, pero téngase presente que las premisas en que se basan los hechos exponen los deseos del mono por mejorar su aspecto. Grotesca es la imagen del grajo desplumado, de «el grajo soberbio y el pavo»⁵¹, tras su fallido intento de ser como los pavos, pero lo pretende. Ridículamente desenmascarado queda el zapatero, de «de zapatero a médico»⁵², pero es clara su inadaptación como lo son sus deseos de ascenso social. Termina muriendo el cuervo, de «el cuervo y el cisne»⁵³, en su ciega aspiración por parecerse al segundo, pero lucha tenazmente por conseguirlo. Revienta, en fin, la rana, de «la rana que re-

46. No H. 230; R. A., pp. 385-386 (cf. Babrio, 125).

47. No H. 54; R. A., pp. 305-306 (cf. Fedro, *App.*, 3). Vale la pena citar el pasaje completo:

*Arbitrio si natura finxisset meo
genus mortale, longe foret instructius;
nam cuncta nobis attribuissem commoda
quae cui Fortuna indulgens animali dedit,
elephantii vires, et leonis cum impetu
cornicis aevuum; spiritum tauri trucis
equi velocis placidam mansuetudinem;
at esset homini sua tamen sollertia.
Nimirum in caelo secum ridet Iuppiter,
haec qui negavit magno consilio hominibus,
ne sceptrum mundi raperet nostra audacia.
Ergo contenti muneri invicti Iovis
fatalis annos decurramus temporis,
ne plus conemur quam sinit mortalitas.*

48. No H. 226; R. A., p. 384 (cf. Jenofonte, *Mem.* II, 7, 13; Babrio, 128).

49. No H. 259; R. A., p. 398 (cf. Fedro, III, 18; Rómulo, 74).

50. No H. 282; R. A., p. 407 (cf. Fedro, *App.* 2; Rómulo, 67).

51. No H. 77; R. A., p. 316 (cf. Fedro, I, 3; Rómulo, 45).

52. No H. 111; R. A., p. 332 (cf. Fedro, I, 14).

53. No H. 140; R. A., p. 346 (cf. Antonio, 40).

ventó y el buey»⁵⁴, pero, si grotescamente arriesga y pierde su vida, sólo lo hace para parecer más poderosa. Así pues, el numeroso grupo de fábulas, que, en su desarrollo, confirman la inmutabilidad del orden social, se asientan sobre la conciencia sentida por sus personajes de unas condiciones de vida penosas que los conducen a luchar denodadamente por cambiarlas, por más que, *a posteriori*, el fracaso no deje de presidir sus esfuerzos. Es la diferencia entre los que estas fábulas *dicen* (que sus personajes quieren cambiar) y lo que *quieren decir* (que no es posible el cambio). Es la constatación de la distancia existente, en suma, entre los contenidos de las premisas o fundamentos del relato y los de la puesta en acción de esas premisas o desarrollo narrativo, que configuran la moraleja. Y es aquí donde se asienta la manifestación de la lucha ideológica de clases en el mundo de la fábula: unos contenidos básicos que responden a las actitudes de los menesterosos y un desarrollo narrativo acorde con los beneficiarios de la quietud del sistema social. Es la intrusión en este género peculiar de algunos de los recursos más constantes en la ideología de la clase propietaria: es la insistencia en la fuerza, inalcanzable por los débiles, de los poderosos, ante la cual no cabe la rebeldía sin castigo; es la llamada al temor como agente esencial de cohesión social; es la evocación del miedo al escarmiento que alcanza a todo rebelde; es la persuasión para que todo el mundo acepte, resignadamente, su condición; es la inducción a una sumisión generalizada ante el predominio «natural» de los más fuertes y capaces; es la llamada a los débiles, mediante la evocación al castigo, para que acaten un sistema tutelado por los más capaces de modo que ellos mismos puedan, sólo así, evitar los peligros a que su torpeza natural habría de conducirlos. Son recursos ordenados sistemáticamente para lograr la integración ideológica de los elementos subversivos. En tanto que las denuncias reiteradas contenidas en las premisas de estos relatos no podían resultar sino agentes de cambio y transformación en la medida en que descubrían tanto las raíces de un sistema basado en la violencia de los fuertes como la insatisfacción de los débiles por su condición y sus anhelos consecuentes por lograr una sociedad diferente, evocada sólo negativamente, puesto que no se podría llegar, entonces, a la propuesta de un modelo alternativo. En otras palabras, si el orden moral defendido salvaguardaba los intereses de la clase propietaria, ésta debía procurar a toda costa la integración ideológica, como condición necesaria para la supervivencia de su hegemonía, del rebelde, mediante una constante vigilancia represora, que no podía permitir, ni nunca ha permitido, el triunfo de los desafíos a sus propios argumentos y usos morales y a la que nada podía agrandar tanto como la contemplación del éxito de sus proclamas manifestado en la obediencia ciega de sus normas, confundidas hábilmente con las normas naturales que deben regir toda sociedad, y a la que nada puede

54. No H. 273; R. A., pp. 403-404 (cf. Fedro. I. 24; Rómulo, 50).

perturbar más que esas gentes disidentes que, a través de su inmoralidad, se atrevían a mostrar su desacato.

Como en el caso de las f. H., también es escaso el número de las f. no H. que pueden ponerse, estrictamente, en conexión con las relaciones esclavistas, si bien, indirectamente, las ansias de libertad de los grupos serviles podrían incluirse, sin desdoro, en el numeroso grupo que se acaba de citar, referido al tema de la inmutabilidad de la naturaleza. En los 4 casos en que directamente se alude a *la esclavitud*, queda patente, de un lado, la conciencia que sus protagonistas tenían de la dureza de su condición servil, así como sus anhelos de libertad y, de otra, a través de la moraleja, la condena, sin paliativos, de éstos, marcando, una vez más, la distancia entre el contenido básico de la fábula y el de su moraleja. Lo aberrante de la confusión entre ambos resulta evidente en la expresiva narración fedriana de «Esopo y el esclavo fugitivo»⁵⁵, por lo demás, paradigmática del género. La fábula dice: «No hay que añadir mal a mal. Un esclavo que huía de un amo de natural cruel, se topó con Esopo, que le conocía por ser vecinos». ¿Qué te ocurre que tan turbado estás?». «Te lo diré sin rodeos, padre —ya que eres digno que te llame con este nombre, pues a tu lado desaparecen en verdad las quejas—. Me sobran golpes, me falta comida. Muchas veces mi amo me manda a la granja sin provisiones para el viaje. Si cena en casa, estoy de pie toda la noche; si le invitan, me quedo en la calle hasta el alba. Me he ganado la libertad, pero peino canas y aún soy esclavo. Si tuviera conciencia de haber cometido alguna falta, soportaría mi situación sin quejarme. Nunca me veo harto, y encima de mi desgracia, he de aguantar una cruel tiranía. Por estas razones y por otras que sería largo explicar, he decidido huir a donde me lleven los pies». «Pues escucha» —dijo Esopo— «si nada malo has hecho y, según dices, tantas calamidades has tenido que aguantar, ¿qué pasaría si cometieras una falta?, ¿qué castigo crees que habrías de soportar?» Y con tal consejo le disuadió de la huida». Su moraleja, a través del recurso al miedo, quiere decir, en coherencia, en este caso, con su promitio y con su cierre, dictado por el mismo Esopo, que es nefasto para el esclavo luchar por su libertad. Y, sin embargo, lo que realmente expresan, con toda nitidez, los fundamentos del relato es la conciencia que el esclavo tiene de sus penosas e insufriblemente injustas condiciones de existencia y, en consecuencia, sus deseos de alcanzar la libertad. Puede ocurrir, por tanto, que el uso retórico del relato, o que el mensaje, implícito o explícito, de su moraleja, o que su promitio y epimitio sean reaccionarios, como, evidentemente, lo son, pero, de ningún modo, puede admitirse que revista al carácter, ni entonces ni hoy, tan rotundo desenmascaramiento, tan clara denuncia de unas relaciones sociales injustas y opresoras.

El miedo está presente, en realidad, en casi todas las fábulas que encie-

55. No H. 39; R. A., pp. 299-300 (cf. Fedro, *App.* 20).

rren conflicto, condicionando la conducta de los débiles. Reiteradamente recurren a él, con las sabias consejas de moralejas y epimitios, los concienzudos moralistas de las fábulas no H., conscientes de la indiscutible eficacia de este expediente como agente integrador de las conductas rebeldes. En 9 ocasiones encuentra, además, nucleando relatos. Tiembla de pavor la olla de arcilla, de «las dos ollas»⁵⁶, incluso la vecindad de la más sólida olla de bronce, cuando ambas son arrastradas por la fuerza de la corriente, porque en cualquier posible choque, aún involuntario, ella sería siempre, según dice, la única víctima:

*«Quamvis securam verbis me feceris, inquit,
non timor ex animo decutiendus erit.
Nam me sive tibi, seu te mihi conferat unda,
semper ero ambobus subdita sola malis.* (Aviano, 11, cc. 11-14).

Humiles laborant ubi potentes dissident hace decir rotudamente Fedro al promitio de «las ranas temerosas de las luchas de los toros»⁵⁷, al ofrecer la imagen amedrentada de sus protagonistas. Grotesco, pero certero, el cuadro que ofrecen los perros, animales cínicos por excelencia, de «los perros enviaron embajadores a Jupiter» (*cit.*), cuando, hambrientos y cansados de sufrir atropellos, expresan reiteradamente, sus quejas, a pesar de que la sola presencia del gran dios provocara en ellos, irremediablemente, la incontinencia de sus vientres.

Las 11 fábulas (3,50%) que abordan de lleno el tema de *las actitudes religiosas* no logran disipar la impresión de laicismo popular que se desprende del peculiar inmanentismo de un género que abandona a los hombres, a través de la metáfora con el mundo animal, a la lucha por la vida en soledad, en tanto que no deja de fustigar tanto a quienes confían en la Providencia como a quienes se dedican a husmear, a través de artes adivinatorias, en los poco fiables designios divinos. Se observan, no obstante, atisbos, significativamente más nítidos que en el caso de las fábulas H., del progreso en la idea de la existencia de una divinidad providencial. Excepcionales, desde luego, pueden considerarse las referencias a un Zeus omnipotente y justiciero, capaz de «imponer a cada uno el castigo debido», de «Zeus juez» (*cit.*) como la aludida exposición fedriana de «el autor» (*cit.*), donde parece remitirse, igualmente, a la existencia de una justicia sobrehumana que a todos alcanza. Estas únicas referencias a la divinidad, como garante de la justicia, a través del castigo, en contacto evidente con las moralejas mayoritarias del subtema del «castigo de los malvados», no dejan de ceñirse estrechamente, como en el subtema citado, a los esfuerzos moralizadores de quienes se servían de la quietud e inmovilismo del

56. No H. 75; R. A., p. 315 (cf. Aviano, 11; Par., 355).

57. No H. 274; R. A., p. 404 (cf. Fedro, I, 30).

sistema social por la vía de la resignación de los oprimidos. Se trata de una nueva invitación a la moderación que también emerge en el desarrollo narrativo de las 6 fábulas (2%) que tocan *el tema de la Fortuna*.

Por la vía de la denuncia, otro grupo de fábulas expone ampliamente las numerosas lacras de aquella sociedad ingrata, marcando, con la cadencia de sus reiteradas condenas, sus prioridades axiológicas. A la luz se sacan, a través de grotescas imágenes, al descubrir lo que es y no debiera ser, sus excesos y vicios, dejando, con ello, translucir sus valores afectivos y sociales. Tampoco aquí puede hablarse, es verdad, de propuestas claras de nuevos modelos de comportamiento privados o públicos, de nuevas pautas de conducta, pero no puede negarse que la actitud de quienes crearon y propagaron el género, lejos de ser absolutamente inhibitoria, no carece, en absoluto, de la primera condición de todo movimiento emancipatorio: la denuncia, sin paliativos ni reservas, de un orden injusto. La presencia de la protesta ante el grado de corrosión moral de aquella sociedad viciada sólo resulta superada, en número y en resentimiento acumulado, por los grupos de relatos ya referidos que denunciaban la violencia, la opresión y la injusticia. Su acusación permanente, aunque en su horizonte falte la esperanza, implica, en la medida misma que expresa insatisfacción, la existencia de deseos vivos de transformar lo criticado en el marco de una sociedad diferente. 91 fábulas no H. (casi un 30%) denuncian los vicios de un mundo corrompido, si bien sus propios desarrollos narrativos, a través de incansables intentos moralizantes, procuran convertir en elemento integrador la acusación subversiva; destacándose, aquí también, la diferencia entre ambos contenidos. La especificación del tema de la *constatación de vicios y su crítica* es la siguiente: contra la mentira, 16; contra la discordia, 6; contra la avaricia y la riqueza, 11; contra la necesidad, 15; contra la gula y la vagancia, 12; contra la hipocresía y la falsa amistad, 8; contra la ingratitud, 7; contra los médicos, 2; contra la mujer y contra determinadas actitudes sexuales, 9.

Resultaría incorrecto todo intento de adjudicación, a través del estudio de los contenidos de la fábula, de exclusividad en la crítica de vicios a los grupos menesteros de la Antigüedad, como lo sería, igualmente, hacerlo con cualquier otro grupo determinado, puesto que todos los sectores sociales, en la medida que las fuentes disponibles permiten reconstruir sus actitudes, han participado en el fustigamiento generalizado de los vicios, en relación con su grado de insatisfacción vital, en todos los lugares y épocas de la Historia. Pero, igualmente, fuera de lugar estaría la toscamente simplificadora idea de conceder una cooparticipación generalizada y solidaria en el fustigamiento de lacras. Parece lógico pensar que, como hoy, cada grupo, en función de sus propios intereses, habría de resaltar, si podía, claro está, como aberraciones por exceso, las características más odias de los demás, en tanto que se mostraría más indulgente con las propias. Por tanto, ni los vicios en cuya crítica se insistía, por parte de dos distintos grupos, eran los mismos ni, tampoco, en el caso de que se hubieran

producido hipotéticas coincidencias, podrían haber sido repelidos con la misma inflexibilidad y violencia.

Equívoca puede resultar la interpretación de aquellas fábulas (6), cuyas premisas siguen descubriendo la existencia de discordias y conflictos, en tanto que, a través de sus moralejas, se invoca la deseada solidaridad, puesto que, si bien pueden explicarse, es verdad, como expresión de la conciencia que los desposeídos tenían de su desunión como una de las causas fundamentales de sus desgracias, no es menos cierto que también podría entenderse como una insistente llamada de los poderosos a su propia cohesión interna o bien como un reclamo a la siempre por ellos pretendida solidaridad general, que solo a unos pocos debía beneficiar. Así, a pesar de las variantes introducidas por las distintas versiones, terminan por ver arruinada su existencia, los toros, de «el león y los tres toros»⁵⁸, al ser presa de conflictos internos y quedar, así, incapacitados para hacer frente unidos al enemigo común, o a los carneros, de «los carneros y el carnicero»⁵⁹, quienes, al haber permanecido ciegamente inmutables al ver desaparecer poco a poco a sus camaradas a manos del carnicero, terminan por perecer todos a causa de su egoísmo. No puede ofrecer dudas, sin embargo, la procedencia de otro grupo de fábulas⁶¹, que expresan, caricaturescamente, su odio y resentimiento contra los ricos y avaros. Su denuncia estaría emparentada con aquellos que, durante toda la Antigüedad, no dejaron de reclamar «reparto de tierras y abolición de deudas». En coincidencia de premisas y moralejas, desenmascaran y amonestan, respectivamente, los excesos acaparadores de los grupos pudientes. Quedaban, de esta manera, presos en la red los peces gordos y bien cebados de «el pescador y los peces»⁶⁰; muere el perro avaro, de «el perro, el tesoro y el buitre»⁶¹; malherido queda el mulo cargado de riquezas, de «los dos mulos y los ladrones»⁶², al ser atacado por los ladrones, mientras resultaba ileso el compañero cargado de mercancías pobres; son presa de la rapiña de los malhechores los amigos de Simónides, de «Simónides»⁶³, mientras él se salva gracias a su pobreza.

Especial relieve y claro origen ofrece otro pequeño grupo de fábulas, que, sin apenas presencia en las f. H., haciendo coincidir, también, premisas y moraleja, denuncian la vagancia atacando la ociosidad y el parasitismo mientras llaman a la laboriosidad, lo que no deja de evocar las actitudes y puntos de vista ante el trabajo de los grupos económicamente activos⁶⁴. Y, ofreciendo, de nuevo, contraste entre premisas y desarrollo, otro

58. No H. 183; R. A., pp. 365-366 (cf. Babrio, 44; Aftonio, 16; Aviano, 18; Par., 71; Ignacio Diácono, *Tetr.* I, 11; Synt. 13; Syr., XVI, 18; Temestio, *Or.*, 22, 278c-279a).

59. No H. 301; R. A., p. 415 (cf. Rómulo, 76).

60. No H. 14; R. A., p. 289 (cf. Babrio, 4; Par., 25, 1, 2).

61. No H. 163; R. A., p. 357 (cf. Fedro, I, 27; Rómulo, 38).

62. No H. 219; R. A., p. 381 (cf. Fedro, IV, 24; Rómulo, 31; Horacio, *Ep.*, I, 3, 139).

63. No H. 284; R. A., p. 408 (cf. Fedro, IV, 23).

64. Véanse «el hombre que contaba las olas» (no H. 24; R. A., p. 293; Luciano, *Herm.*, 84); «la

número reducido, como ocurriera en las f. H., pero significativo de relatos muestra, claramente, la incansable tenacidad moralizadora de quienes siempre estuvieron empeñados en fomentar un tipo de relaciones dulces y paternas, sustitutivas de la lucha y el conflicto, a través del cultivo del tema de la caritativa moderación de los poderosos, ahora, por efecto de los doctos maquillajes, bondadosos, y la correspondientes angelical gratitud de los débiles. Sobre el fondo generalizado de peligros y violencias, se van reelaborando discursos tiernos y narraciones dulces, propios de quienes, a lo largo de los tiempos, estuvieron interesados en extender la visión de una realidad social fundamentalmente válida y, por ello, digna de ser salvaguardada a toda costa, en la que se daban las condiciones para una convivencia pacífica, sin odios ni rencores, y en la que todos, hasta los pobres, eran buenos. Así, al margen del cierre introducido por la ingeniosa zorra, agradece con obsequios, el águila, de «el águila a la que desplumaron las alas»⁶⁵, la conducta bienhechora del hombre que antes la redimiera. De nuevo, es el águila, ahora de «el labrador y el águila»⁶⁶, quien sirve para marcar nuevos rumbos en las relaciones sociales, al no dudar en recurrir a ingeniosos ardidés para salvar la vida del labrador, que, antes, admirado por su belleza, después de haberla cazado, la hubiera devuelto la libertad. Más feliz fue la fortuna que llegó a alcanzar la encantadora historia contenida en «el león y el pastor»⁶⁷, donde el animal, herido por una espina, es curado por el joven pastor Androclo, quien, pasado el tiempo, cuando es condenado a ser devorado por las fieras en el anfiteatro, es defendido por aquel mismo león al que atendiera solicitado en otros tiempos, para, después, como feliz desenlace, ser ambos perdonados por un César enternecido. También agradecida, respeta bienes y vida de aquellos que se habían antes apiadado de su miseria, la feroz pantera, ya en libertad, de «la pantera y los pastores» (*cit.*), al asolar propiedades y matar a aquellos, que cuando yacía malherida en una trampa, la habían apedreado y apaleado. Se admira, en fin, la pulga, de «la pulga y el buey»⁶⁸, de la quietud y bondad del buey, quien es capaz de aceptar mansamente la esclavitud sólo por gratitud ante las pequeñas caricias del hombre que lo tiraniza.

Dentro de este mismo campo temático de la crítica de vicios, se ha incluido un apartado que contiene aquellos relatos (14) que muestran la actitud de sus creadores ante la mujer y el sexo. Compartiendo las tendencias más generalizadas en las cabezas cultas, según demuestran sus restos escritos, y por más que se quiera rebuscar en ellos para encontrar actitu-

hormiga y la mosca» (No H. 112; R. A., p. 332; Fedro. IV, 25; Rómulo, 46); «La casa del perro» (no H. 151; R. A., p. 351; Plutarco, 157b; fab. dact., 16). «El perro y su amo» (no H. 153; R. A., p. 352; Babrio, 110); «El perro y los herreros» (no H. 155; R. A., p. 353; Par. 346, 1, 2, 3; Dod., 346; Synt., 16; Syr., XVIII) y «Tiberio César a los mayordomos» (no H. 300; R. A., pp. 414-415; Fedro. II, 5).

65. No H. 5; R. A., p. 283 (cf. Par., 6; Dod., 6).

66. No H. 64; R. A., pp. 310-311 (cf. Par., 79-2, 3).

67. No H. 199; R. A., pp. 372-373 (cf. Rómulo, 51; Aulo Gelio, 5, 14; Eliano, NA, 7, 48).

68. No H. 311; R. A., p. 419 (cf. Dod., 359).

des más comprensivas, aquí también, en la fábula, se impone una postura brutal y grotescamente masculina, que rezuma, por todas partes, desconfianza y desprecio hacia la condición femenina, en relación con las condiciones de existencia, al margen de excepciones, de la mujer en la sociedad antigua. Por única vez, parece que los hombres pertenecientes a todas las clases y grupos sociales hubieran olvidado los intereses específicos que motivaban sus conflictos para unirse ante un enemigo común con un recelo y un odio hacia la mujer que sólo podría ser superado por los teóricos del Cristianismo, los más tenaces y temibles adversarios que, en el mundo occidental, haya conocido la condición femenina. También desde este ángulo, sin duda representativo de la mayor parte de la población se expresaba y, por tanto, se contribuía al sostenimiento de un orden de valores que actuaba como un mecanismo de sanción y justificación de la que, sin duda, tanto por la prontitud de su gestación como por su perduración en el tiempo y por la cantidad de seres humanos afectados, debe ser considerada la primera contradicción social de la Historia: la que opone, dentro de cualquier comunidad y en la sociedad en general, a hombres y mujeres. Considerada la mujer, como no podía ser de otro modo de acuerdo con la realidad histórica, como un ser inferior al hombre, se destaca con fuerza su peligrosidad a causa de su maldad intrínseca, manifestando lo arbitrario y voluble de su carácter con independencia del lugar que ocupara con respecto a la segunda gran contradicción del mundo antiguo, la que oponía a libres y esclavos, tanto si era de condición esclava⁶⁹ como si era propietaria de esclavos⁷⁰ como cuando no se tenía en cuenta, específicamente, su condición⁷¹, no dejando de responsabilizar, también en este ámbito, ya a la primera mujer, aquí Pandora⁷², de todos los males de la humanidad. Pero es en el campo de la sexualidad, allí donde la fuerza bruta no puede encontrar soluciones ni poner remedios, y en relación directa con los complejos masculinos que, como tributo, debe satisfacer el machismo, donde con más odio y tenacidad los varones de la Antigüedad, incapaces de admitir sus propias limitaciones, vertieron su resentimiento contra la mujer proclamando que no eran sus deficiencias varoniles las causantes de una vida sexual incompleta sino la incansable voracidad de la mujer. Engaña, así, repetidamente, la meretriz, de «la meretriz y el joven»⁷³, al amante que, sabiamente, permanece inmutable, sabedor de que no podría esperar otro comportamiento de su lasciva compañera. Queda triunfante la confrontación lúdicamente retórica de Venus, de «Juno, Venus y la ga-

69. Véase «la esclava y Afrodita» (No H. 85; R. A., p. 320. Cf. Babrio, 10; Ignacio Diácono, *Tetr.*, I, 10; *Par.*, 18).

70. Véase «Esopo y su ama» (No H. 35; R. A. p. 298. Cf. Fedro, *App.*, 17).

71. Véanse «el poeta» (no H. 262; R. A., pp. 399-400. Cf. Fedro, IV, 5); «la meretriz y el joven» (No H. 217; R. A., pp. 380-381. Cf. Fedro, *App.*, 29; Rómulo, 60) y «Mercurio y las dos mujeres» (No H. 216; R. A., p. 380. Cf. Fedro, *App.*, 4).

72. Véase «Pandora» (no H. 244; R. A., p. 392. Cf. Hesiodo, *Op.*, 90-115; *Th.*, 570-612).

73. No H. 217; R. A., pp. 380-381. (cf. Fedro, *App.*, 29; Rómulo, 60).

llina»⁷⁴, sobre las pretensiones de castidad de Juno, al mostrar a su divina antagonista que la mujer, ante el sexo, actúa como la gallina, que, por más trigo que se la arroje, nunca dejará de escarbar a la búsqueda de más grano, porque, como la propia ave apostillara, aunque se le abriera la puerta del granero habría de seguir escarbando. A la vejez, tan frecuentemente estigmatizada en el género, se acude para acentuar sarcásticamente la impetente lujuria femenina, como se demuestra en el relato de «el joven y la vieja»⁷⁵; donde, desfallecida por los años, el calor y el cansancio, la vieja viandante sigue reclamando los favores sexuales del joven que, antes, se prestase a socorrerla, o la breve narración de «La vieja del ánfora»⁷⁶, que, sobre el conocido tema de la vieja borracha, hace evocar con nostalgia el recuerdo de tiempos pasados a la anciana que encontrara un ánfora vacía pero que era capaz, todavía, de ofrecer el perfume del dulce Falerno. Y es que, a la luz de los caracteres con que se dibuja a la mujer, si se tiene en cuenta que su insaciable sexo sólo encuentra adecuado émulo en la inagotable charlatanería de su maldiciente lengua —lo que no resultaría nada extraño, puesto que ambos estaban realizados del mismo material⁷⁷— podría llegarse a comprender la conducta de aquel Melanión, citado por uno de los coros de Aristófanes, quien por odio a las mujeres, fuera capaz de alejarse, definitivamente, de la civilización para vivir en el campo.

Así pues, el intento de sistematización temática del material fabulístico no contenido en las colecciones anónimas, parece ratificar las positivas impresiones ya obtenidas en el primer trabajo sobre la fábula esópica, confirmando, definitivamente, las posibilidades que ofrece el uso de los géneros de creación y transmisión oral para la reconstrucción de las ideologías de la Antigüedad. Parece, igualmente, que, dado que este material constituye uno de los escasísimos medios para acercarse a las actitudes mentales y formas de conciencia, a la sensibilidad, en suma, de la mayoría de la población, que habría de continuar, de otro modo, silenciosa y permanentemente relegada al olvido, vale la pena afrontar, con valentía, los indudables riesgos metodológicos de una tarea histórica que se encuentra en sus primeros pasos. Porque el dilema resulta absolutamente nítido: se-

74. No H. 131; R. A., p. 343 (cf. Fedro, *App.*, 11; Rómulo, 58). Vale la pena, por su expresividad, reproducir el relato completo: «Alababa Juno su propia castidad y Venus, por divertirse, no la contradecía y para demostrar que ninguna otra la igualaba, se dice que preguntó a una gallina: «dime, por favor, ¿qué cantidad de comida necesitas para considerarte satisfecha?». Respondió ella: «me basta lo que quieras darme con tal que me dejes escarbar un poco con las patas». «No puedes escarbar» —dijo— «¿te basta un modio de trigo?». «Ya lo creo, incluso es demasiado. Pero déjame escarbar». «¿Qué deseas a cambio de no escarbar nada en absoluto?». Al fin la gallina reconoció lo malo de su naturaleza: «Aunque me abras las puertas del granero, yo seguiré escarbando». Se dice que Juno se rió con las bromas de Venus, porque por medio de la gallina puso en evidencia a las mujeres en general».

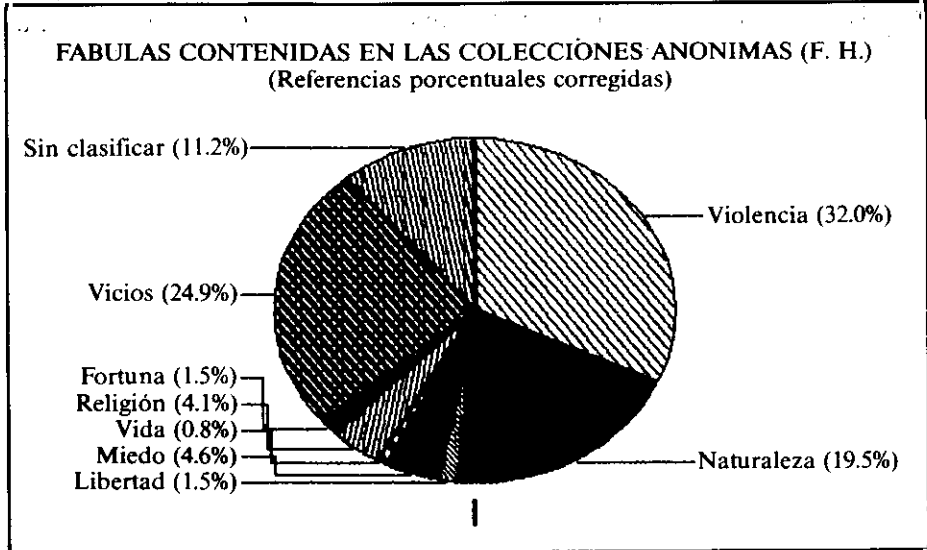
75. No H. 223; R. A., p. 383 (cf. Synt., 54).

76. No H. 43; R. A., p. 301 (cf. Fedro, III, 1).

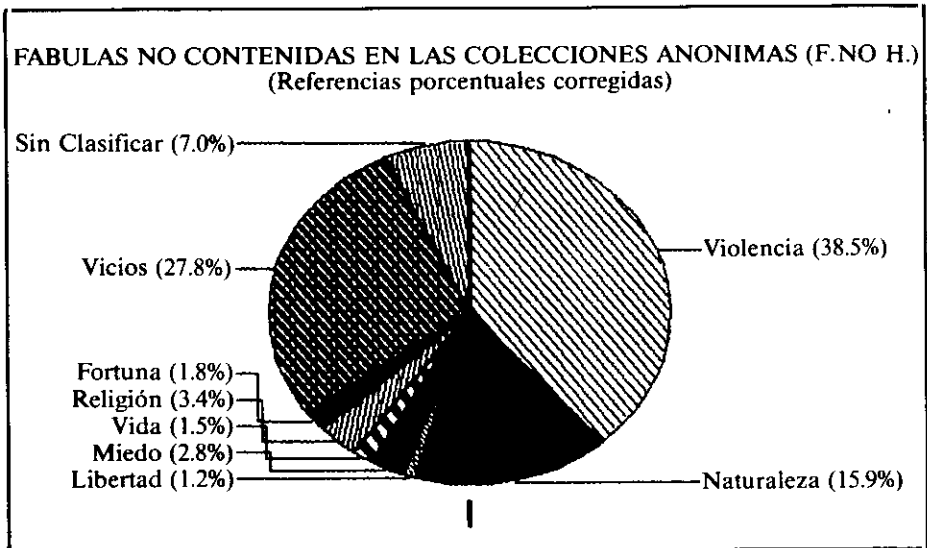
77. No H. 267; R. A., p. 401 (cf. Fedro, IV, 15).

guir siendo cómplices con la gran falacia que supone la extensión gratuita de las opiniones y actitudes de unos pocos a toda la sociedad, o bien, situar su alcance en sus justos límites, resultando, entonces, ineludible la tarea de reconstruir el resto del panorama ideológico, aceptando, con humildad, las carencias metodológicas de nuestra disciplina. Ese es el reto.

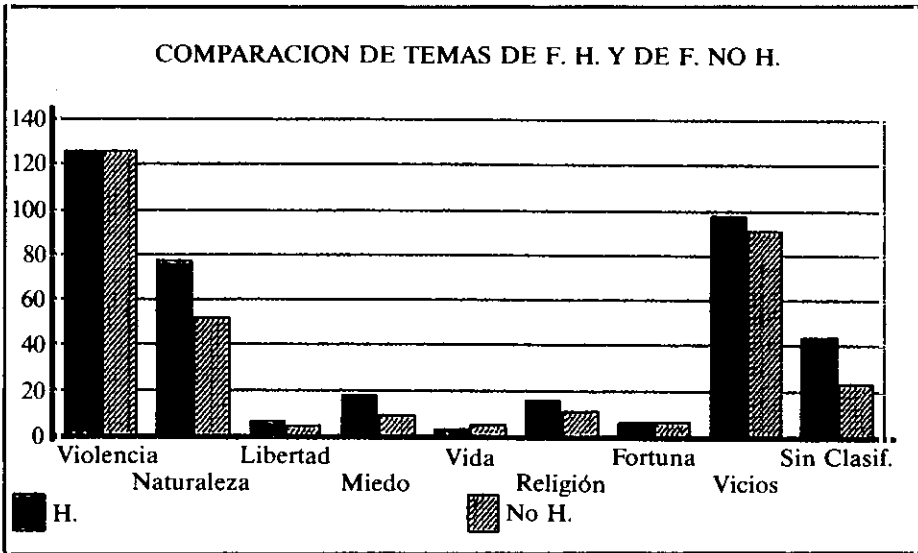
Los grandes temas de la fábula greco-latina



A

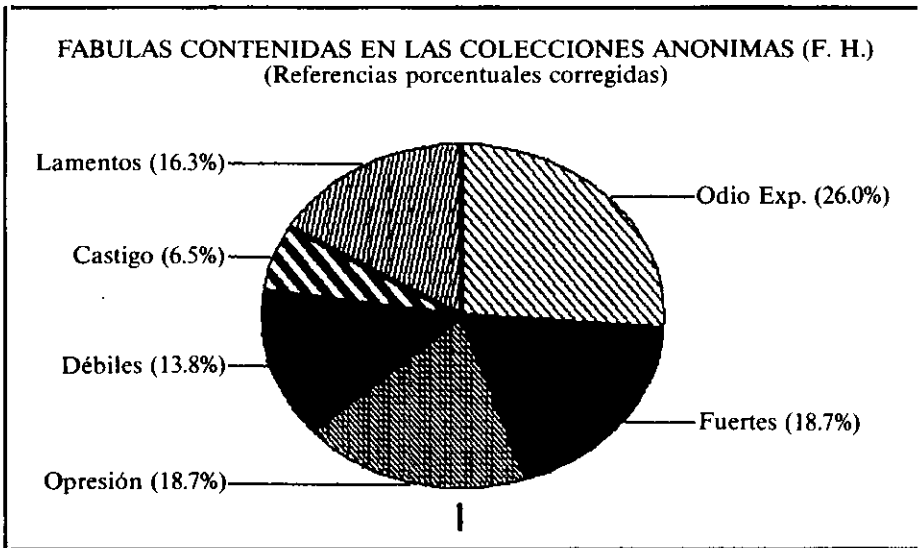


B

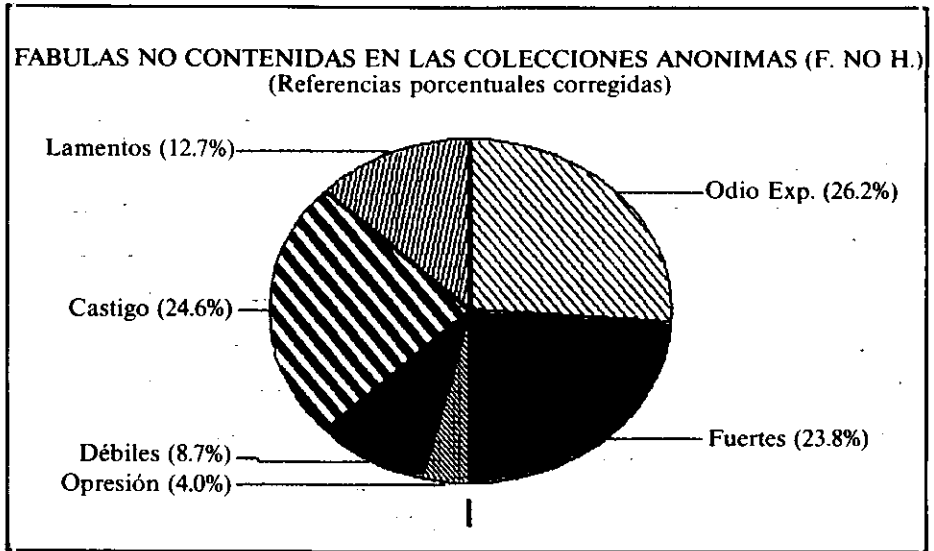


C

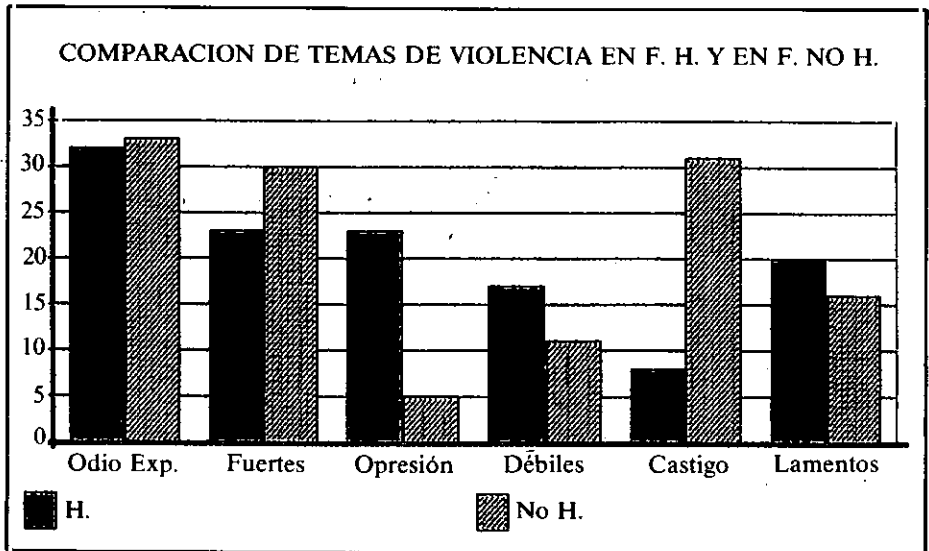
Conciencia de la violencia imperante



A

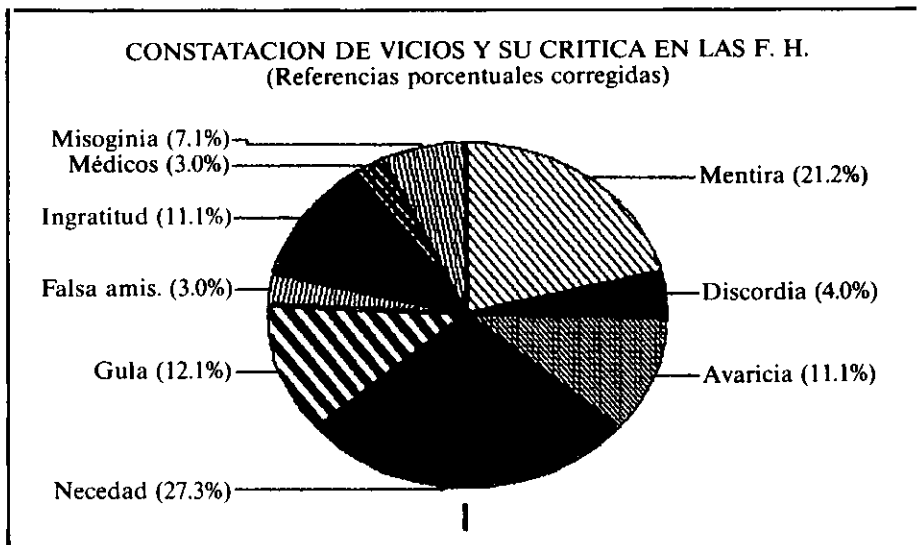


B

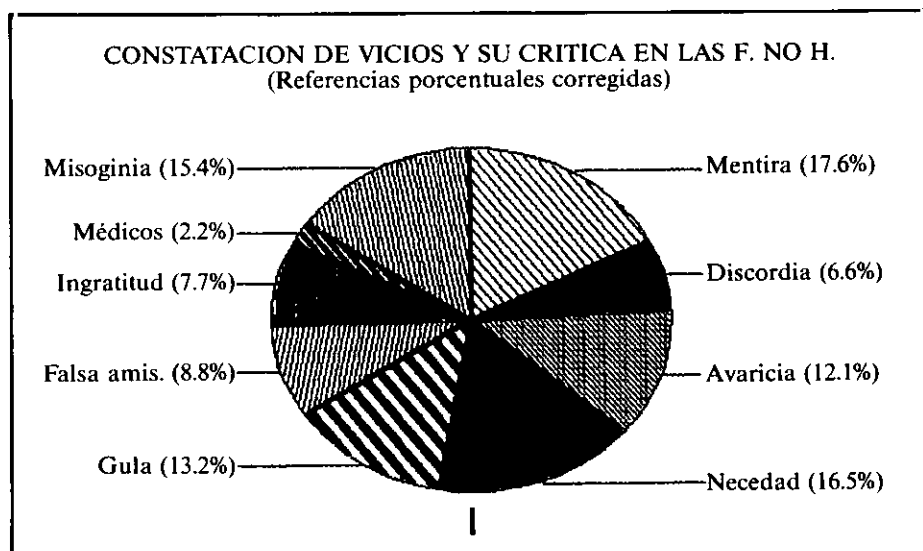


C

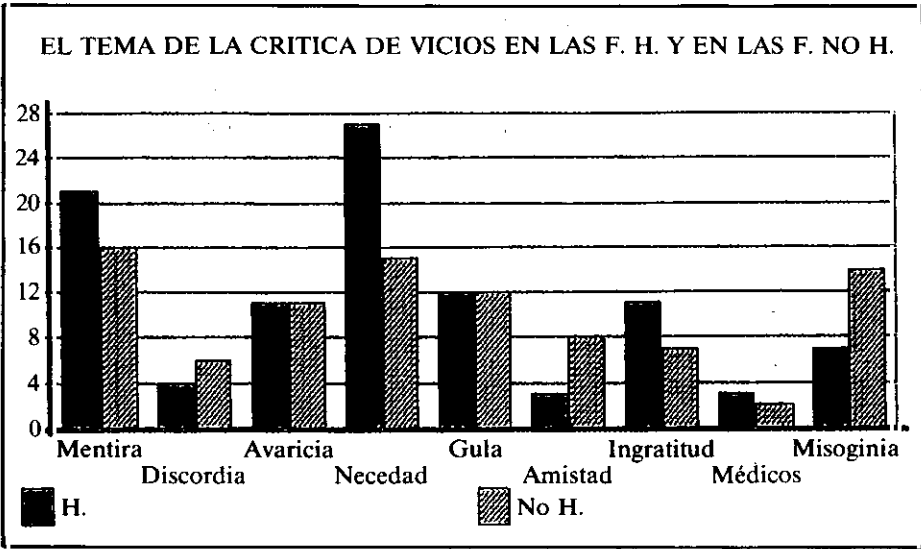
La crítica de vicios



A

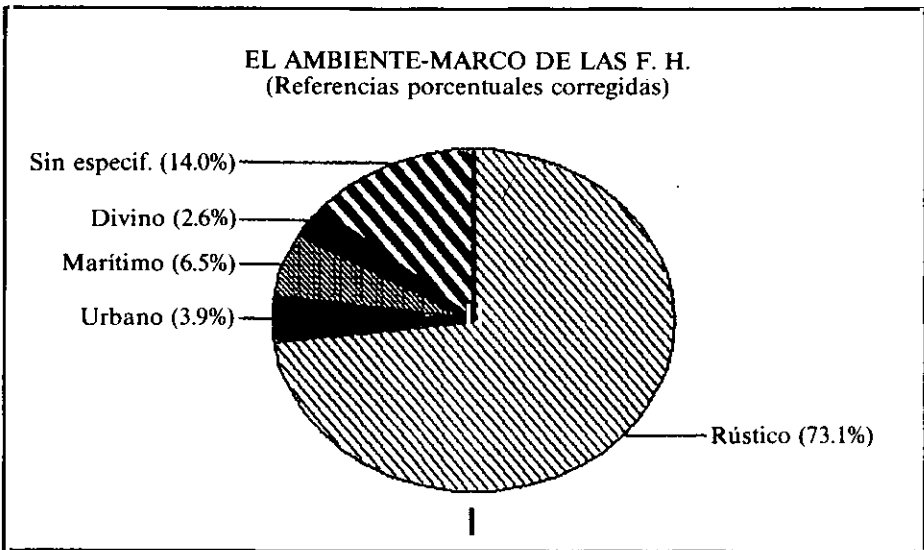


B

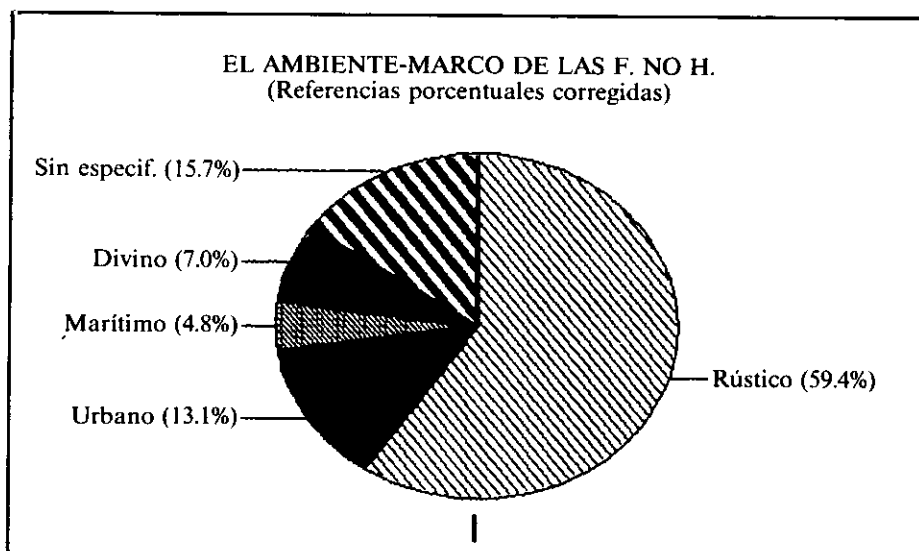


C

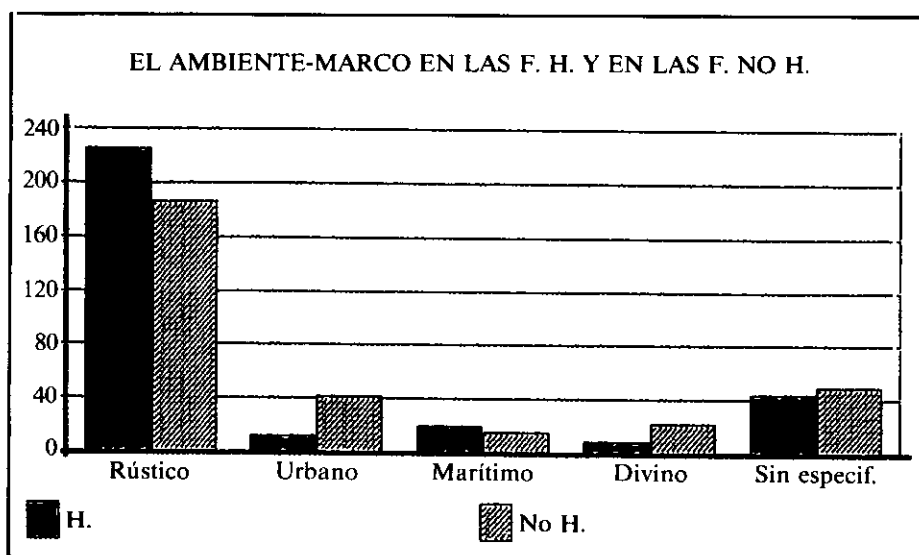
Ambiente en el que se desarrolla la acción



A

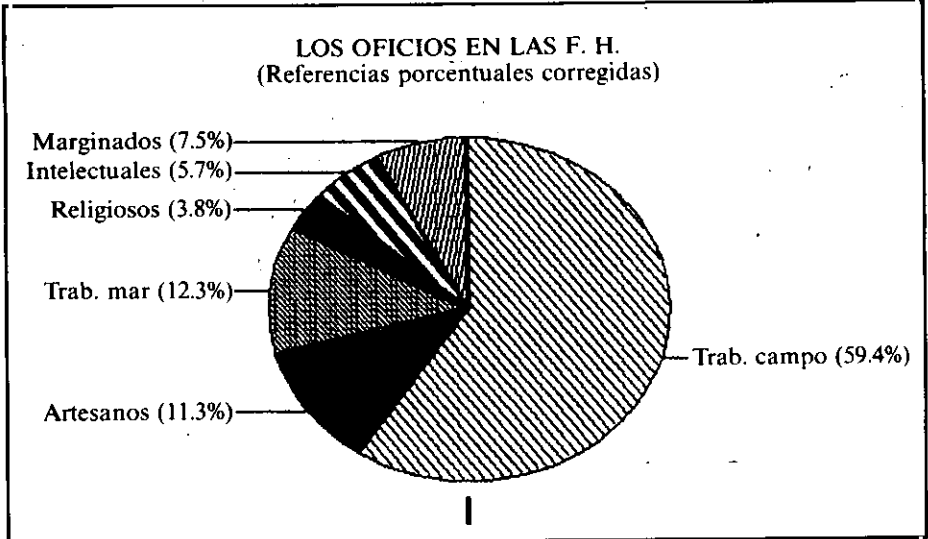


B

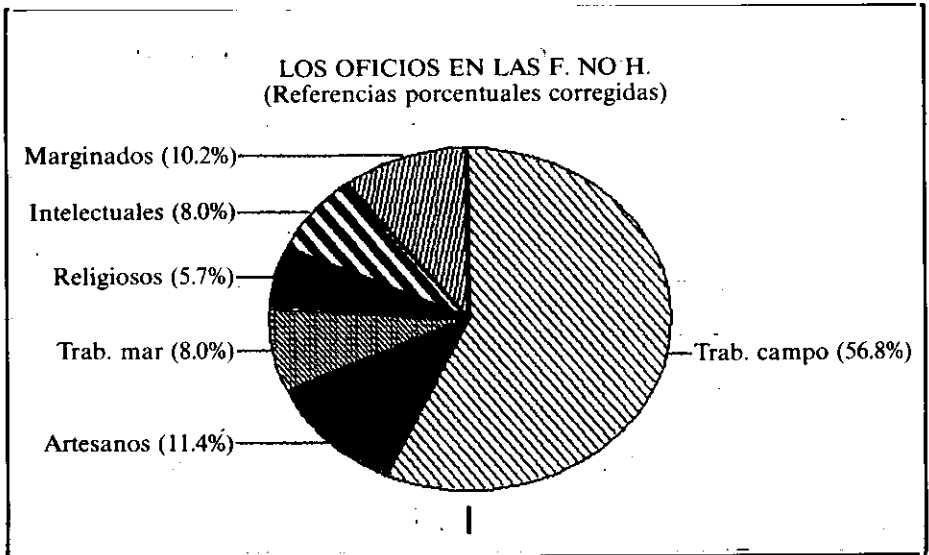


C

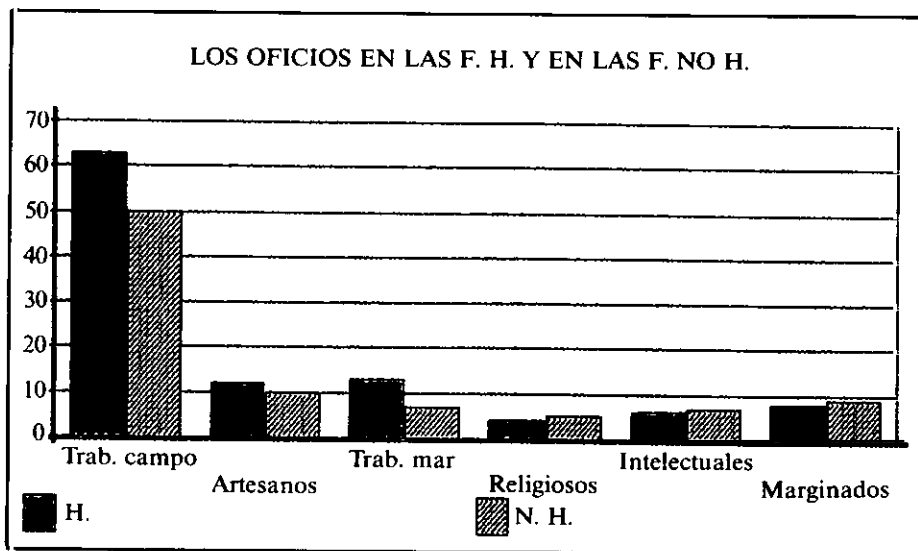
Representación del mundo laboral en la fábula



A

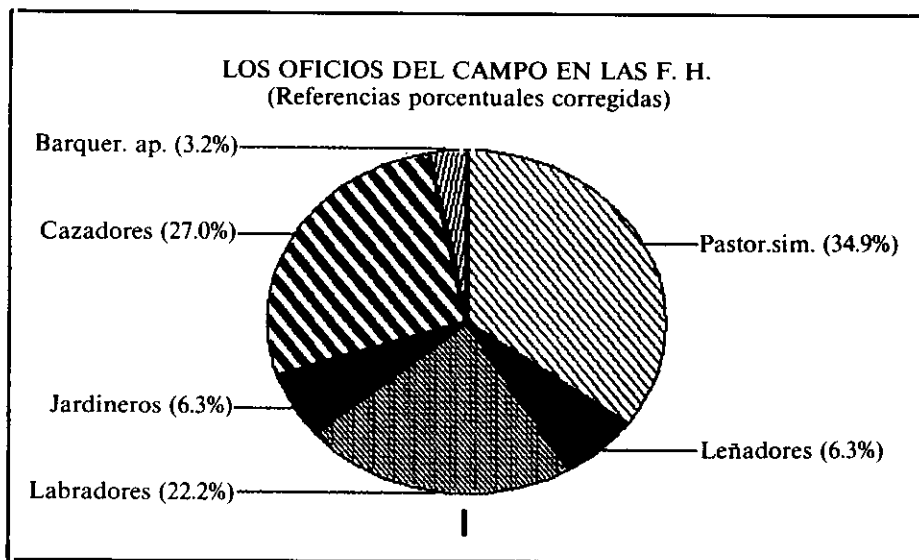


B

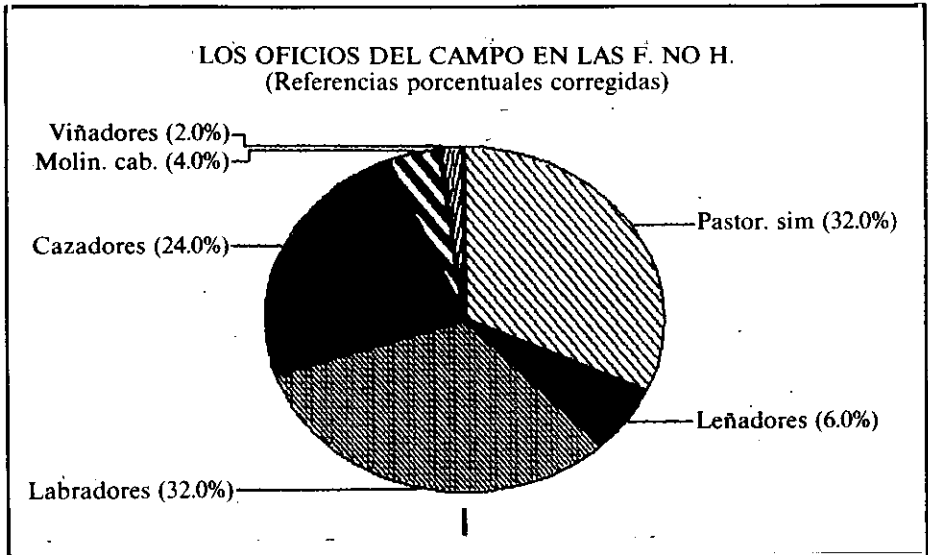


C

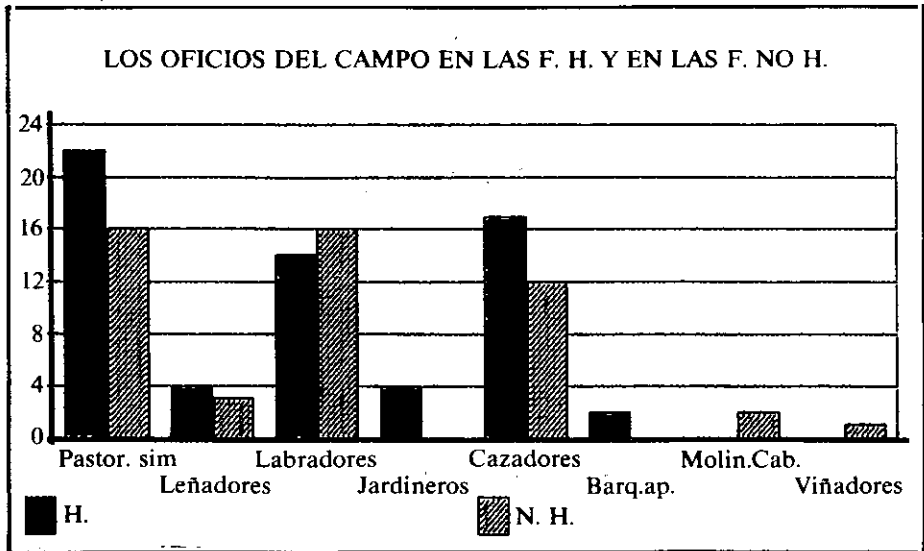
Los trabajadores del campo



A



B



C

APENDICE

CLASIFICACION TEMATICA DE LAS FABULAS NO CONTENIDAS EN LAS COLECCIONES ANONIMAS (NO H.)

I. VIOLENCIA

1. Odio y enfrentamiento entre grupos humanos. Explotación de los humildes. Conflicto de intereses

«Los bienes y los males» (No H. 1; R.A. 282; Par. 1).

«La cabra y el cabrero» (No H. 8; R.A. 285; Fedro, *App.* 24; Babrio, 3; Aftonio, 5; Ignacio Diácono, *Tetr.* I, 35 y II, 26; *Par.* 15, 1; *Dod.*, 15).

«Esopo y el perro» (No H. 11; R.A. pp. 287-288; Aristófanes, V. 1399).

«El hombre y las serpientes» (No H. 25; R.A. 294; *Syr.* XII, 14).

«Apolo, las Musas y las Driades» (No H. 28; R.A. 295; Hermesianacte, en Plutarco, *Fluy.* 2-3).

«El árabe y el camello» (No H. 29; R.A. pp. 295-296; Babrio, 8).

«El oso, la zorra y el león cazando» (No H. 31; R.A. 296; Ignacio Diácono, *Tetr.*, II, 7).

«Los árboles y el hombre» (No H. 47; R.A. p. 303; Rómulo, 64).

«El buey y el asno que araban» (No H. 60; R.A. p. 308; Babrio, 55; Rómulo, 41; Plauto, *Aul.* 227-234).

«El labrador y el árbol» (No H. 68; R.A. 312; *Par.* 85; *Dod.* 85).

«El labrador y los pájaros» (No H. 69; R.A. pp. 312-313; Babrio, 33).

«La grulla y la corneja» (No H. 78; R.A. p. 317; Rómulo, 18).

«Diógenes y el calvo» (No H. 83; R.A. p. 319; *Par.* 97).

«El ciervo y el león» (No H. 95; R.A. p. 325; Babrio, 95; *Par.*, 200, 1; *Fab. Dact.* 9; Arquíloco, *Ep.* III).

«El ciervo enfermo» (No H. 96; R.A. p. 326; Babrio, 46, *Synt.* 20; *Syr.* XXI, 23).

«Las dos discordias» (No H. 98; R.A. pp. 326-327; Hesiodo, *Op.*, 10-26).

«La garza, el halcón y la anguila» (No H. 103; R.A. pp. 328-329; Semónides, 9).

«El eunuco y el malvado» (No H. 110; R.A. p. 331; Fedro, III, 11).

«El sol y las ranas» (No H. 118; R.A. pp. 335-336; Babrio, 24; Fedro, I, 6; *Par.* 128, 1; Ignacio Diácono, *Tetr.*, I, 12; Rómulo, 10).

«El cazador y el lobo» (No H. 123; R.A. p. 338; *Synt.* 6; *Syr.* XIV, 16).

«Los perros que desgarraban una piel de león» (No H. 147; R.A. pp. 349-350; *Synt.* 19; *Syr.* XX, 22).

«El calvo y el hortelano» (No H. 158; R.A. p. 354; Rómulo, 26).

«El calvo y la mosca» (No H. 159; R.A. p. 355; Fedro, V, 3; Rómulo, 42).

«El león y el toro» (No H. 181; R.A. pp. 364-365; Babrio, 99).

«El león rabioso» (No H. 184; R.A. p. 366; Babrio, 90; *Par.* 213; Ignacio Diácono, *Tetr.* I, 38; *Dod.* 183).

«Las abejas y el pastor» (No H. 207; R.A. p. 376; Aftonio, 27; Diogeniano, VI, 58).

«El amo de la casa y los marineros» (No H. 225; R.A. pp. 383-384; pseudo-Dositeo, 4).

«El asno y el lobo médico» (No H. 31; R.A. p. 386; pseudo-Dositeo, 13; Rómulo, 89).

«El pastor que alimentaba a un lobo» (No H. 249; R.A. p. 294; *Par.* 316).

«La guerra y la violencia» (No H. 250; R.A. p. 394; Babrio, 70; *Par.* 320).

«El gorrion consejero de la liebre» (No H. 397; R.A. pp. 397-398; Fedro, I, 9; Rómulo, 81).

«El toro, la leona y el jabalí» (No H. 292; R.A. pp. 411-412; *Synt.* 11; *Syr.* 13).

«Los piojos y el labrador» (No H. 307; R.A. pp. 417-418; Apiano, *B.C.* I, 101).

2. Triunfo de los poderosos y humillación de los débiles

«El águila a la que desplumaron las alas». (No H. 5; R.A. p. 283; *Par.* 6; *Dod.* 6).

«El gato y las gallinas» (No H. 7; R.A. pp. 284-285; pseudo-Dositeo, 5; Rómulo 85).

«La comadreja capturada» (No H. 62; R.A. p. 309; Babrio, 27; Fedro, I, 22; Rómulo, 49).

«El hombre mordido por la hormiga y Hermes» (No H. 82; R.A. p. 319; Babrio, 1176; *Par.* 48).

«El novillo y el buey viejo» (No H. 132; R.A. p. 343; Fedro *App.* 12; Rómulo, 61).

«El parto de la perra» (No H. 165; R.A. pp. 357-358; Fedro, I, 19; Justino; 43.4.3; Rómulo, 11).

«El ciervo a los bueyes» (No H. 359; R.A. pp. 359-360; Fedro, II, 8; Rómulo, 69).

«La cigarra y la lechuza» (No H. 170; R.A. p. 360; Fedro, III, 16).

«El caracol y el espejo» (No H. 171; R.A. p. 360; Rómulo, 9).

«La liebre y la zorra» (No H. 176; R.A. p. 362; *Par.* 193).

«Los leones y las liebres» (No H. 178; R.A. p. 363; Aristóteles, *Pol.*, 1284a).

«El reinado del león» (No H. 179; R.A. p. 363; Babrio, 102; *Par.* 196).

«El león y los tres toros» (No H. 183; R.A. pp. 365-366; Babrio, 44; Aftonio, 16; Aviano, 18; *Par.* 71.1; Ignacio Diácono, *Tetr.*, I, 11; *Synt.* 13; *Syr.* XVI, 18; Temistio, *Or.* 22, 278c-279a).

«Los lobos y los perros reconciliados» (No H. 185; R.A. pp. 366-367; *Par.* 217).

«El lobo y el león» (No H. 191; R.A. p. 369; Babrio, 105; *Par.* 228; *Dod.* 228; *Synt.* 52; *Syr.* 42).

«El lobo y el asno en pleito» (No H. 193; R.A. p. 370; *Rh. Gr. I.* p. 597 ss.).

«El lobo general y el asno» (No H. 196; R.A. p. 371; *Par.* 229, 1; *Dod.* 229).

«El león reinante» (No H. 200; R.A. p. 373; Fedro, IV, 14).

«El león viajero, el jabalí, el toro y el asno» (No H. 201; R.A. pp. 373-374; Fedro, I, 21; Rómulo, 20).

«El leñador y el halcón» (No H. 204; R.A. p. 375; Rómulo, 55).

«Las moscas y las avispas» (No H. 208; R.A. p. 376; pseudo-Callímaco, III, 6).

«El ratón y el herrero» (No H. 213; R.A. p. 213; R.A. p. 379; Ignacio Diácono, *Tetr.* I, 8).

- «El pajarero, la perdiz y el pollo» (No H. 237; R.A. pp. 388-389; Babrio, 124).
- «La oveja, el perro y el lobo» (No H. 240; R.A. p. 390; Fedro, I, 17; Rómulo, 5).
- «La trampa» (No H. 242; R.A. p. 391; *Syr.* 74).
- «La perdiz y la zorra» (No H. 260; R.A. pp. 398-399; Rómulo, 24).
- «El toro y el león» (No H. 290; R.A. p. 411. Cf. *Rh. Gr.* I, 423 ss.).
- «El oso hambriento» (No H. 304; R.A. p. 416; Fedro, *App.*, 22).
- «El sapo que se hinchó» (No H. 304; R.A. p. 418; Babrio, 28; Ignacio Diácono, *Tetr.* I, 42; Horacio, *Sat.*, II, 3. 314-320).

3. Opresión de los fuertes e invitación, en moraleja, a la resignación de los oprimidos

- «La zorra y el erizo» (No H. 19; R.A. p. 291; Aristóteles, *Rhet.* II, 20=1393 a).
- «El asno al viejo pastor» (No H. 50; R.A. p. 304; Fedro, I, 15).
- «Los bueyes y los carniceros» (No H. 58; R.A. p. 307; Babrio, 21).
- «El caballo viejo» (No H. 128; R.A. p. 341; Babrio, 29; Fedro, *App.* 21; *Aftonio*, 13; *Par.* 139, 1; *Dod.* 139; Luciano, *As.* 42). «Las palomas y el milano» (No H. 172; R.A. p. 361; Fedro, I, 31; Rómulo, 28).

4. Triunfo de los débiles y perspectivas de emulación en moraleja

- «El sacerdote de Cibele (gallo) y el león» (No H. 63; R.A. pp. 309-310; Simónides pers. en *Antología Palatina*, 6. 217).
- «El lobo y el cabrito» (No H. 121; R.A. pp. 337-338; Rómulo, 26).
- «El cuco y los pájaros» (No H. 138; R.A. pp. 345-346; Plutarco, *V. Ar.* 30).
- «Los perros y los cocodrilos» (No H. 160; R.A. p. 355; Fedro, I, 25; Rómulo, 28).
- «La lechuza, el gato y el ratón» (No H. 168; R.A. p. 359; Rómulo, 25).
- «La cerda que daba a luz y el lobo» (No H. 202; R.A. p. 374; Fedro, *App.* 19; *Rómu-lo*, 30).
- «El ratón y el toro» (No H. 212; R.A. pp. 378-379; Babrio, 112; Aviano, 31).
- «La oveja, el ciervo el lobo» (No H. 241; R.A. pp. 390-391; Fedro, I, 16; Rómulo, 40).
- «El pastor y el carnicero» (No H. 248; R.A. p. 393; Máximo de Tiro, 19, 2).
- «La serpiente y el lagarto» (No H. 281; R.A. pp. 406-407; Fedro, *App.* 25).
- «La alondra y la zorra» (No H. 299; R.A. p. 414; Fedro, *App.* 32).

5. Abuso de los fuertes y castigo, en moraleja de sus acciones injustas

- «Las dos águilas» (No H. 2; R.A. pp. 281-282; Esquilo, *Ag.* 109-125.).
- «El águila y las gallinas» (No H. 3; R.A. p. 282; *Syr.* 62).
- «El águila y el hombre» (No H. 4; R.A. pp. 282-283; Aristóteles, *H.A.* 619a 17 ss.).
- «La cabra y el asno» (No H. 9; R.A. pp. 286-287; *Par.* 16, 1).
- «Esopo en Delfos» (No H. 10; R.A. p. 287; Aristófanes, *V.* 1446 ss.; *V. Aes* 127-129 y castigo de los malvados delfios, en 142; Luciano, *As.* 41).
- «La zorra y la grulla» (No H. 17; R. A. 290; Fedro, I, 26; Rómulo, 43; Plutarco, 614 s.).
- «La zorra y el viñador» (No H. 18; R.A. pp. 290-291; *códice Brancacciano*, 13).
- «Esopo y su ama» (No H. 35; R.A. p. 298; Fedro, *App.* 17).

- «Esopo y el golfo» (No H. 36; R.A. p. 298; Fedro, III, 5).
 «Las ábejas y los zánganos con la avispa como juez» (No H. 44; R.A. pp. 301-302; Fedro, III, 13).
 «El autor» (No H. 55, R.A. p. 306; Fedro, *App.* 7).
 «El labrador y la zorra» (No H. 66; R.A. p. 311; Babrio, 11; Aftonio, 6; *Jueces*, XV, 4-5; Ovidio, *East.* 4, 701; Luciano, *As.* 31.3; *Par.* 58, 1).
 «Los gallos y el halcón» (No H. 73; R.A. pp. 314-315; Rómulo, 7).
 «El caballo engreido» (No H. 109; R.A. p. 331; Rómulo, 53).
 «Zeus juez» (No H. 116; R.A. pp. 334-335; Babrio, 127; *Par.* 127, 1).
 «Heracles, Neso y Deyanira» (No H. 120; R.A. p. 337; Arquiloco, *Ep.* XII).
 «El milano y la serpiente» (No H. 126; R.A. p. 340; *Par.* 136, 1; *Dod.* 136).
 «El caballo y el soldado» (No H. 130; R.A. p. 342; Babrio, 76; *Par.* 143, 1).
 «El ternero, el león y el bandido» (No H. 133; R.A. p. 344; Fedro, II, 1).
 «El cicllope» (No H. 146; R.A. p. 349; *Syr.* LXIV, 3; Ausonio, *Ep.* 14).
 «El lobo que se revistió de piel de cordero» (No H. 188; R.A. p. 368; Nicéforo Basilacas, en *Rhet. Gr.*, I).
 «El lobo y el león» (No H. 191; R.A. p. 369; Babrio, 105; *Par.* 228; *Dod.* 228; *Synt.* 52; *Syr.* 42).
 «El leñador y el halcón» (No H. 204; R.A. p. 375; Rómulo, 55).
 «La oveja, el perro y el lobo» (No H. 240; R.A. p. 390; Fedro, I, 17; Rómulo, 5).
 «La pantera y los pastores» (No H. 256; R.A. p. 397; Fedro, III, 2; Rómulo, 75).
 «Simónides preservado por los dioses» (No H. 285; R.A. pp. 408-409; Fedro, IV, 26).
 «El cerdo sin corazón» (No H. 289, R.A. p. 401; Aviano, 30).
 «El macho cabrío y la vid» (No H. 295; R.A. pp. 412-413; Aftonio, 37; *Par.* 339; Ignacio Diácono, *Tetr.*, I, 7; Suetonio, *Dom.* 14; Leónidas de Tarento, en *Antología Palatina*, IX, 99; Ovidio, *Fast.* 1359-1362, *Met.* 15, 114-126; Marcial, III, 24).
 «La zorra envidiosa y el lobo» (No H. 305; R.A. pp. 416-417; Rómulo, 56).
 «Los piojos y el labrador» (No H. 307, R.A. pp. 417-418; Apiano, *B.C.* I, 101).

6. Quejas de los débiles por su condición. Lamentos de los pobres por la injusticia y la opresión

- «La araña y el lagarto» (No H. 30; R.A. p. 296; Babrio en *Suda*=204 en ed. de Crusius; Anacarsis a Solón, comparando las leyes con las telas de araña, según Plutarco, *Sol.*, V).
 «El hombre mordido por la hormiga y Hermes» (No H. 82; R.A. p. 319; Babrio, 117; *Par.* 48).
 «Las encinas a Zeus» (No H. 88; R.A. pp. 321-322; Babrio, 142; *Par.* 99, 1).
 «Demetrio rey y Menandro poeta» (No H. 90; R.A. pp. 322-323; Fedro V, 1).
 «El camello en el río» (No H. 135; R.A. pp. 344-345; Babrio, 40; *Par.* 145, 1).
 «Los perros enviaron embajadores a Júpiter» (No H. 161; R.A. p. 356; Fedro, IV, 19).
 «La corneja y la oveja» (No H. 174; R.A. p. 361; Fedro, *App.* 26; Rómulo, 95).
 «El león, la zorra y el mono» (No H. 180; R.A. pp. 363-364).
 «Los lobos y los pastores» (No H. 194; R.A. p. 370; Plutarco, 156a).
 «La mujer de parto» (No H. 220; R.A. p. 382; Fedro, III, 6; Plutarco, 143a).
 «La oveja y el perro» (No H. 226; R.A. p. 384; Jenofonte, *Mem.*, II, 7.13; Babrio, 128).

- «El asno y el hombre» (No H. 230; R.A. pp. 385-386; Babrio, 125).
«El potro» (No H. 255; R.A. p. 396; Synt. 45; Syr. 69).
«La mariposa y la avispa» (No H. 257; R.A. p. 397; Fedro, *App.* 31).
«El bufón y el rústico» (No H. 280; R.A. p. 406; Fedro, V, 5).
«El mono rey» (No H. 283; R.A. pp. 407-408; Fedro, IV, 13; Rómulo, 78).

II. LA PERSISTENCIA DE LA NATURALEZA

1. Conciencia de distintas condiciones de existencia e invitación, en moraleja, a la adaptación a las mismas

- «La zorra servidora del león» (No H. 21; R.A. p. 292; Aftonio, 20).
«Un sibarita» (No H. 22; R.A. pp. 292-293; Aristófanes, V, 1427-1432).
«El asno a la lira» (No H. 49; R.A. pp. 303-304; Fedro, *App.* 14).
«El autor» (No H. 54; R.A. pp. 305-306; Fedro, *App.* 3).
«El escarabajo y la abeja» (No H. 136; R.A. p. 345; Syr. XIII, 15).
«El cazador y el pescador» (No H. 150; R.A. pp. 350-351; Babrio, 61).
«El perro al cordero» (No H. 162; R.A. p. 356; Fedro, III, 15; Rómulo, 32).
«Las cabras barbudas» (No H. 167; R.A. pp. 358-359; Fedro, IV, 17).
«El león y el águila» (No H. 181; R.A. 364; Babrio, 99).
«El lobo y la zorra con el mono como juez» (No H. 203; R.A. p. 374; Fedro, I, 10; Rómulo, 48).
«La hormiga y la perdiz» (No H. 209; R.A. p. 377; Syr. XL).
«Momo y Afrodita» (No H. 214; R.A. pp. 379-380; Aristides, *Or.* 27, 136).
«La oveja y el perro» (No H. 226; R.A. p. 384; Jenofonte, *Mem.* II, 7, 13; Babrio, 128).
«Los ojos y la boca» (No H. 238; R.A. p. 389; Dión Crisóstomo, 33, 16; Plutarco, 59, b; Estobeo, 3, 13-41; Máximo Confesor, *PG* 91.817).
«El privilegio del duelo» (No H. 245; R.A. p. 392; Plutarco, *Cons.* Ap. 12a).
«Los ríos y el mar» (No H. 252; R.A. p. 395; Synt. 4; Syr. 65).
«Prometeo cuando modeló al hombre» (No H. 254; R.A. p. 396; Suetonio, *Tib.* 57; Temistio, *Or.* 32, 359d).
«El pavo a Juno sobre su voz» (No H. 259; R.A. p. 398; Fedro, III, 18; Rómulo, 74).
«El rústico y el novillo» (No H. 275; R.A. pp. 404-405).
«El mono y la zorra» (No H. 282; R.A. p. 407; Fedro, *App.* 1; Rómulo, 67).

2. Deseos de cambio social y su rechazo en moraleja (los llamados «temas de la jactancia, de la belleza inútil, de la vanagloria y el disfraz»)

- «El ateniense y el tebano» (No H. 6; R.A. p. 284; Babrio, 15, *Par.* 44).
«Esopo y el escritor» (No H. 38; R.A. p. 299; Fedro, *App.* 9).
«Esopo y el atleta» (No H. 40; R.A. p. 300; Fedro, *App.* 13).
«El asno que se burló del jabalí» (No H. 52; R.A. pp. 304-305; Fedro, I, 29; Rómulo, 14).
«El grajo soberbio y el pavo» (No H. 77; R.A. p. 316; Fedro, I, 3; Rómulo, 45).

- «El olivo y la higuera» (No H. 94; R.A. p. 324; Aftonio, 22; Synt. 31; Syr. XXXIV, 39).
- «La fiesta y el día siguiente» (No H. 97; R.A. p. 236; Plutarco, *Them.* 18).
- «De zapatero a médico» (No H. 111; R.A. p. 332; Fedro, I, 14).
- «El milano que relinchaba» (No H. 125; R.A. pp. 339-340; Babrio, 73; Aftonio, 3; *Par.* 137; *Dod.* 137; Juliano, *Miss.* 366 A).
- «El pajarero y la cigarra» (No H. 127; R.A. pp. 340-341; Aftonio, 4; Plutarco, *Ap. Lac.*, p. 233A).
- «El cuervo y el cisne» (No H. 140; R.A. p. 346; Aftonio, 40).
- «El piloto» (No H. 145; R.A. p. 349; Syr. & Synt. *Ai.* 1441-1449).
- «El cazador cobarde» (No H. 149; R.A. p. 350; Babrio, 92; *Par.* 93; Ignacio Diácono, *Tetr.* I, 26).
- «El perro que llevaba una esquila» (No H. 156; R.A. pp. 353-354; Babrio, 104; Aviano, 7; *Par.* 187, 1).
- «El perro que perseguía a un lobo» (No H. 157; R.A. p. 354; Synt. 38; Syr. XXXVIII, 79).
- «El lobo entre los leones» (No H. 189; R.A. p. 368; Babrio, 101).
- «El lobo y el león» (No H. 192; R.A. pp. 369-370; *Dod.* 220).
- «La lámpara» (No H. 197; R.A. pp. 371-372) Babrio, 114; *Par.* 233).
- «El parto del monte» (No H. 218; R.A. p. 381; Fedro, IV, 24; Rómulo, 31; Horacio, *Ep.*, I, 3, 139).
- «La mosca y la mula» (No H. 221; R.A. p. 382; Fedro, III, 6; Rómulo, 47).
- «Los monos que fundaron una ciudad» (No H. 246; R.A. pp. 392-393; Hermógenes, *Prog.* 1, 2, 14-3, 4 Rabe; Prisciano, *Praex. De Fabula*, 3, Syr. XXXVIII).
- «La madre del mono y Zeus» (No H. 247; R.A. p. 393; Babrio, 56; Aviano, 14).
- «El gorrion consejero de la liebre» (No H. 258; R.A. pp. 397-398; Fedro, I, 9; Rómulo, 81).
- «El pez de río y el gobio» (No H. 261; R.A. p. 399; Aviano, 38).
- «El flautista príncipe» (No H. 265; R.A. pp. 400-401; Fedro, V, 7).
- «El pollo a la perla» (No H. 270; R.A. pp. 402-403; Fedro III, 12; Rómulo, 1).
- «La rosa y el amaranto» (No H. 272; R.A. p. 403; *Par.* 324).
- «La rana que reventó y el buey» (No H. 273; R.A. pp. 403-404; Fedro, I, 24; Rómulo, 50).
- «Una hermana a un hermano» (No H. 288; R.A. p. 410; Fedro III, 8; Diógenes Laercio, II, 5.33; Plutarco, 141d; Estobeo, III, 1-172).
- «El toro y el león» (No H. 291; R.A. p. 411; Syr. 47).
- «El toro y el novillo» (No H. 297; R.A. pp. 413-414; Fedro V, 9; Rómulo, 98).
- «El sapo que se hinchó» (No H. 308; R.A. p. 418; Babrio, 28; Ignacio Diácono, *Tetr.* I, 42; Horacio, *Sat.*, II, 3 314-320).

III. SERVIDUMBRE Y LIBERTAD

- «Esopo y el esclavo fugitivo» (No H. 39; R.A. pp. 299-300; Fedro, *App.* 20).
- «Los dos caminos» (No H. 89; R.A. p. 322; *Vita Aes.* 94, sobre las huellas de Hesiodo, *Op.* 287-292 y Pródico, en Jenofonte, *Mem.* 2, 1, 21-34, pero cambiando los temas centrales de la virtud y el vicio por los de la libertad y la servidumbre).
- «El perro de caza y otros perros» (No H. 152; R.A. pp. 351-352; *Par.* 180).
- «El onagro y el asno» (No H. 227; R.A. p. 384; Synt. 30).

IV. EL MIEDO

- «El pescador y el pulpo» (No H. 15; R.A. p. 289; Simónides, 9; Timocreonte, 8).
- «El asno y la cebada del cerdito» (No H. 51; R.A. p. 304; Fedro, V, 4).
- «Las ollas» (No H. 75; R.A. p. 315; Aviano 11; *Par.* 355).
- «El perro y la liebre» (No H. 154; R.A. p. 352; Babrio, 69).
- «El ciervo a los bueyes» (No H. 169; R.A. pp. 359-360; Fedro, II, 8; Rómulo, 69).
- «El lobo maestro y la gallina» (No H. 187; R.A. pp. 367-368; *Tetr.* II, 28).
- «La mosca y la mula» (No H. 221; R.A. p. 382; Fedro III, 6; Rómulo, 47).
- «Las ranas temerosas de las luchas de los toros» (No H. 274; R.A. p. 404; Fedro,

I, 30).

- «Los perros enviaron embajadores a Júpiter» (No H. 161; R.A. p. 356; Fedro IV, 19).

V. AMOR A LA VIDA. INSTINTO DE SUPERVIVENCIA

- «Las ollas» (No H. 75; R.A. p. 315; Aviano, 11; *Par.* 355).
- «El perro y la liebre» (No H. 154; R.A. p. 352; Babrio, 69).
- «Los perros y los cocodrilos» (No H. 160; R.A. p. 355; Fedro, I, 25; Rómulo, 28).
- «Las abejas y el pastor» (No H. 207; R.A. p. 376; Aftonio, 27; Diogeniano, 6.58).
- «La alondra y la zorra» (No H. 269; R.A. p. 414; Fedro, *App.* 32).

VI. ACTITUDES RELIGIOSAS

- «Esopo y el rústico» (No H. 37; R.A. p. 299; Fedro, III, 3; Plutarco, 149).
- «El autor» (No H. 56; R.A. p. 306; Fedro, *App.* 8).
- «El boyero y Heracles» (No H. 59; R.A. pp. 307-308; Babrio, 20; Dod. 72; Aviano, 32; Focio, *Lex.* II).
- «El labrador que perdió un pico» (No H. 64; R.A. p. 310; Babrio, 2).
- «Hermes y el escultor» (No H. 99; R.A. p. 327; Babrio, 30; Aviano, 23).
- «El pilar de Hermes y el perro» (No H. 100; R.A. pp. 327-328; Babrio, 48).
- «El eunuco y el sacerdote» (No H. 106; R.A. p. 330; Babrio, 54; *Par.* 114).
- «Zeus juez» (No H. 116; R.A. pp. 334-335; Babrio, 127; *Par.* 127).
- «Heracles, Neso y Deyanira» (No H. 120; R.A. p. 337; Arquíloco, *Ep.* XII).
- «Los sueños falsos y los verdaderos» (No H. 228; R.A. 385; *Vita Aes.* 33).
- «Sobre el oráculo de Apolo» (No H. 249; R.A. pp. 389-390; Fedro, *App.* 8).

VII LA FORTUNA

- «Los dos clavos» (No H. 91; R.A. p. 323; Fedro, V, 6).
- «El eunuco y el malvado» (No H. 110; R.A. p. 331; Fedro, III, 11).
- «El caballo viejo» (No H. 128; R.A. 341; Babrio, 29; Fedro, *App.* 21; Aftonio, 13; *Par.* 139; *Dod.*, 139; Luciano, *Asin.*, 42).
- «El ciclope» (No H. 146; R.A. p. 349; Synt. 48; *Syr.* LXIV, 13; Ausonio, *Ep.*, 14).
- «El perro viejo y el cazador» (No H. 166; R.A. p. 358; Fedro, V, 10; Rómulo, 32).
- «La mariposa y la avispa» (No H. 257; R.A. p. 397; Fedro, *App.* 31).

VIII. CONSTATACION DE VICIOS Y SU CRITICA

1. **Contra la mentira**

- «La verdad» (No H. 13; R.A. p. 288; Babrio, 126; *Par.*, 260).
 «El águila y el milano» (No H. 45; R.A. p. 302; Rómulo, 96).
 «El labrador y los pájaros» (No H. 69; R.A. pp. 312-313; Babrio, 33).
 «El amo y su perro» (No H. 81; R.A. p. 318; *Syr.* 66).
 «Los dos soldados y el ladrón» (No H. 92; R.A. p. 323; Fedro, V, 2).
 «El carro de Hermes y los árabes» (No H. 101; R.A. p. 328; Babrio, 57; *Par.* 113).
 «El caballo y el asno» (No H. 108; R.A. pp. 330-331; Aristófanes, V, 82).
 «El cazador y el jinete» (No H. 122; R.A. p. 338; *Tetr.* I, 24; *Synt.*, 49; *Syr.*, 64).
 «El cuervo y Hermes» (No H. 139; R.A. p. 346; *Par.* 167).
 «El carnicero y el mono» (No H. 198; R.A. p. 372; Fedro, III, 4).
 «El sacerdote y la vieja» (No H. 253; R.A. p. 395; *Syr.* 4).
 «Prometeo y el engaño» (No H. 269; R.A. p. 402; Fedro, *App.* 5-6).
 «La luna y su madre» (No H. 277; R.A. p. 405; Plutarco, 157a).
 «La avestruz de Libia» (No H. 278; R.A. pp. 405-406; Ignacio Diácono, *Tetr.* I, 22).
 «El mono rey» (No H. 283; R.A. pp. 407-408; Fedro, IV, 13; Rómulo, 78).
 «El murciélago» (No H. 302; R.A. p. 415; Rómulo, 54).

2. **Contra la discordia**

- «Heracles y Atenea» (No H. 119; R.A. pp. 336-337; *Par.* 130).
 «El león y el toro» (No H. 182; R.A. pp. 364-365; *Par.* 204; Ignacio Diácono, *Tetr.* I, 15).
 «El león y los tres toros» (No H. 183; R.A. pp. 365-366; Babrio, 44; Aftonio, 16; Aviano, 18; *Par.* 71; Ignacio Diácono, *Tetr.* I, 11; *Synt.* 13; *Syr.* XVI, 18; Temistio, *Or.* 22, 278c-279a).
 «Los lobos y los perros en guerra» (No H. 186; R.A. p. 367; Babrio, 85; *Par.*, 216).
 «Los tres sacerdotes y el patriarca» (No H. 296; R.A. p. 413; *Syr.* X).
 «Los carneros y el carnicero» (No H. 301; R.A. p. 415; Rómulo 76).

3. **Contra la riqueza y la avaricia. Invitación al conformismo en la moraleja**

- «El pescador y los peces» (No H. 14; R.A. p. 289; Babrio, 4; *Par.* 25).
 «Los dos pretendientes» (No H. 93; R.A. p. 324; Fedro, *App.* 16).
 «Heracles y Atenea» (No H. 119; R.A. pp. 336-337; *Par.* 130).
 «El perro, el tesoro y el buitre» (No H. 163; R.A. p. 357; Fedro, I, 27; Rómulo, 38).
 «El codicioso y el envidioso» (No H. 175; R.A. p. 362; Aviano, 22).
 «El ratón de campo y el de ciudad» (No H. 209; R.A. pp. 377-378; Babrio, 108; Aftonio, 26; pseudo-Dosíteo, 16; *Fábulas dactílicas.* 10; *Par.* 245; *Doc.*, 245; Rómulo, 15; Horacio, *Sat.*, II, 6, 80-117).
 «Mercurio y dos mujeres» (No H. 216; R.A. p. 380; Fedro, *App.* 4).
 «Los dos mulos y los ladrones» (No H. 219; R.A. p. 381; Fedro, II, 7).
 «El mono y la zorra» (No H. 282; R.A. p. 407; Fedro, *App.* 1; Rómulo, 67).

4. Contra la necesidad

«El ganso y la cigüeña» (No H. 42; R.A. p. 301; Rómulo, 80).

«El águila, el gato y el jabalí» (No H. 46; R.A. p. 302; Fedro, II, 4).

«La comadreja negra» (No H. 61; R.A. pp. 308-309; Nicéforo Grégoras, *Hist. Biz.* VII, 1).

«La sibarita» (No H. 72; R.A. p. 314; Aristófanes, *V.* 1435-1440).

«El sol y las ranas» (No H. 118; R.A. pp. 335-336; Babrio, 24; Fedro, I, 6; *Par.* 128; Rómulo, 10).

«El lobo y el perro» (No H. 195; R.A. p. 371; Ignacio Diácono, *Tetr.* 27a y 27b).

«El tonto y el cedazo» (No H. 215; R.A. p. 380; Galeno, *De meth. med.* I, 9).

«El asno que comía un espino» (No H. 233; R.A. p. 387; Babrio, 133; *Par.* 281).

«La entrada del asno». (No H. 234; R.A. p. 387; Zenódoto, *V.* 39).

«La sombra del asno» (No H. 235; R.A. pp. 387-388; Plutarco 848a).

«El niño y el ladrón» (No H. 270; R.A. p. 402; Aviano, 35).

«El sátiro y el fuego» (No H. 276; R.A. p. 405; Esquilo, *Prom. Pyr.* 207).

«El cerdo sin corazón» (No H. 289; R.A. p. 410; Aviano, 30).

«El toro y el león» (No H. 290; R.A. p. 411; Nicéforo Basilacas en *Rh. Gr.* I, 423 ss.).

«El caminante y el cuervo» (No H. 303; R.A. p. 416; Fedro, *App.* 23).

5. Contra la guía y otros vicios (contra la vagancia)

«El hombre que defecó su propio cerebro» (No H. 23; R.A. p. 293; *V. Aes.* 67).

«El hombre que contaba las olas» (No H. 24; R.A. p. 293; Luciano, *Herm.* 84).

«Dionisio y los racimos» (No H. 84; R.A. pp. 319-320; Paniasis, 13 k; Ateneo, II 36 D; *V. aes.* 68; Apuleyo, *Fl.* 20; Estobeo, III, 18-25; Fulgencio, *Myth.* II, 12; Focio, *Ep.* 16).

«La hormiga y la mosca» (No H. 112; R.A. p. 332; Fedro, IV, 25; Rómulo, 46).

«El ladrón y la lámpara» (No H. 113; R.A. pp. 332-333; Fedro, IV, 11).

«La casa del pedro» (No H. 151; R.A. p. 351; Plutarco 157b; *Fáb. Dact.*, 16).

«El perro y su amo» (No H. 153; R.A. p. 352; Babrio, 110).

«El perro y los herreros» (No H. 155; R.A. p. 353; *Par.* 346; *Dod.* 346; *Synt.* 16).

«El ratón y la ostra» (No H. 211; R.A. p. 378; *Antología Palatina*, IX, 86).

«El joven y el caballo enloquecido» (No H. 224; R.A. p. 383; Luciano, *Cyn.*, 18).

«Sobre el oráculo de Apolo» (No H. 239; R.A. pp. 389-390; Fedro, *App.* 8).

«Tiberio César a los mayordomos» (No H. 300; R.A. pp. 414-415; Fedro, II, 5).

6. Contra la hipocresía y la falsa amistad

«El oso y la zorra» (No H. 32; R.A. pp. 296-297; Babrio, 14; *Dod.* 63; *Par.* 63).

«El gato y los gallos que llevaban su litera» (No H. 74; R.A. p. 315; Fedro, *App.* 18).

«El caballo y el caballero» (No H. 129; R.A. p. 342; Babrio, 83; *Par.*, 141).

«La alondra y el labrador» (No H. 141; R.A. p. 347; Babrio, 88; Aviano, 21; Ennio, *Sat. Inc.*, II 21-58).

«El carnero salvaje y el mono» (No H. 144; R.A. pp. 348-349; *PColon*: II, 64, 13-16).

«El perro fiel» (No H. 164; R.A. p. 357; Fedro, I, 23; Rómulo, 29; Synt., 21; *Syr.*, XXIV, 24).

«El lobo y la zorra junto a una trampa» (No H. 190; R.A. pp. 368-369; Babrio, 130).

«Sócrates a sus amigos» (No H. 286; R.A. p. 409; Fedro, III, 9).

7. De la gratitud e ingratitud

«El águila a la que desplumaron las alas» (No H. 5; R.A. p. 283; *Par. 6. Dod.* 6).

«La zorra y el viñador» (No H. 18; R.A. pp. 290-291; *Códice Brancacciano*, 13).

«El labrador y el águila» (No H. 65; R.A., pp. 310-311; *Par.* 79).

«El parto de la perra» (No H. 165; R.A. pp. 357-358; Fedro, I, 19; Justino, 43, 4, 3; *PColon*, II, 64, 1-13; Rómulo, 11).

«El león y el pastor» (No H. 199; R.A. pp. 372-373; Rómulo, 51; Aulo Gelio, 5.14; Eliano *Na.* 7, 48).

«La pantera y los pastores» (No H. 257; R.A. p. 397; Fedro, I, 9; Rómulo, 81).

«La pulga y el buey» (No H. 311; R.A. p. 419).

8. Contra los médicos

«De zapatero a médico» (No H. 111; R.A. p. 332; Fedro, I, 14).

«El médico imperito» (No H. 124; R.A. p. 339; Babrio, 75; pseudo-Doseiteo, 7; *fábulas dactílicas*, 6; *Par.* 134).

9. Actitudes misóginas y antihomosexuales. Otros vicios sexuales

«Esopo y su ama» (No H. 35; R.A. p. 298; Fedro, *App.* 17).

«Esopo y el rústico» (No H. 37; R.A. p. 299; Fedro, III, 3; Plutarco, 149 c.e.).

«La vieja al ánfora» (No H. 43; R.A. p. 301; Fedro, III, 1).

«La esclava y Afrodita» (No H. 85; R.A. p. 320; Babrio, 10; Ignacio Diácono, *Tetr.* I, 10; *Par.* 18).

«Juno, Venus y la gallina» (No H. 131; R.A. p. 343; Fedro, *App.*, 11; Rómulo, 58).

«Melanión» (No H. 206; R.A. pp. 375-376; Aristófanes, *Lys.* 783-796).

«Mercurio y dos mujeres» (No H. 216; R.A. p. 380; Fedro, *App.* 4).

«La meretriz y el joven» (No H. 217; R.A. pp. 380-381; Fedro, *App.* 29; Rómulo,

60).

«El joven y la vieja» (No H. 223; R.A. p. 383; Synt. 54).

«El niño, la mujer y el marido», (No H. 243; R.A. p. 391; Babrio, 116; Apuleyo, *Met.*,

9, 27.

«Pandora» (No H. 245; R.A. p. 392; Hesiodo, *Op.* 90-105).

«El poeta» (No H. 262; R.A. pp. 399-400; Fedro, IV, 5).

«Prometeo» (No H. 267; R.A. p. 401).

«Prometeo» (No H. 268; R.A. p. 401; Fedro, IV, 16).

IX. FABULAS ETIOLOGICAS. ANECDOTAS DE SITUACION

- «Las razas de los hombres». (No H. 26; R. A. p. 294; Hesiodo, *Op.* 106-201).
 «La charlatanería de los hombres» (No H. 27; R. A. pp. 294-295; Calímaco, I, II).
 «Afrodita y el mercader» (No H. 27; R. A. p. 297; Plutarco, 303c).
 «La espada y el caminante» (No H. 76; R. A. p. 316; Rómulo, 94).
 «El origen del rubor» (No H. 102; R. A. p. 328; Gregorio Nacianceno, *Poem moral.* M. 37.3, p. 898).
 «El amor» (No H. 104; R. A. p. 329; Platón, *Smp.*, 189c-191d).
 «El amor entre los hombres» (No H. 105; R. A. pp. 329-330; Focio, *Bibl. Cod.*, 165).
 «Zeus, los animales y el hombre» (No H. 114; R. A. pp. 333-334; Fedro, *App.*, 3; *Par.*, 57; Platón, *Ptr.*, 320c-322d; Séneca, *Ben.*, IV, 18).
 «Zeus y el barril de bienes» (No H. 115; R. A. p. 334; Babrio, 58; *Par.* 124, 1).
 «El placer y el dolor» (No H. 117; R. A. p. 335; Platón, *Phd.*, 60b).
 «La alondra enterrando a su padre» (No H. 141; R. A. p. 347; Babrio, 88; Aviano, 21; Ennio, *Sat. Inc.* II, 21-58).
 «La corneja y la hidria» (No H. 143; R. A. p. 348; pseudo-Dositeo, 8; Aviano, 27; Rómulo, 87; Plinio, *HN.* 10, 125; Eliano, *NA.* 2.48).
 «Los perros músicos» (No H. 148; R. A. p. 350; Dión Crisóstomo; 32. 65).
 «El privilegio del duelo» (No H. 245; R. A. p. 392; Plutarco, *Cons. Ap.*, 12 a).
 «El recurso y la pobreza» (No H. 251; R. A. pp. 394-395; Platón, *Smp.*, 203a ss.).
 «Prometeo cuando modeló al hombre» (No H. 254; R. A. p. 396; Suetonio, *Tib.*, 57; Temistio, *Or.*, 32, 359d).
 «Las cigarras» (No H. 293; R. A. p. 412; Platón, *Phdr.*, 258e ss.).

X. FABULAS AGONALES Y RETORICAS

- «Los árboles bajo la protección de los dioses» (No H. 48; R. A. p. 303; Fedro, III, 17).
 «La lechuza» (No H. 69 bis; R. A. p. 313; Gregorio de Nacianzo, 27. 873-874 M).
 «El laurel y el olivo» (No H. 79; R. A. pp. 317-318; Calímaco, I, 4).
 «Los antepasados de los delfios» (No H. 80; R. A. p. 318; *V. Aes.*, 126).
 «El juego y la severidad» (No H. 205; R. A. p. 375; Fedro, III, 14).
 «Sócrates y el esclavo inútil» (No H. 287; R. A. pp. 409-410; Fedro, *App.*, 27).

